

INTRODUCCIÓN A LA ARQUEOLOGÍA DEL NORDESTE ARGENTINO

Ciro René Lafon

1.1 Para empezar, delimitaremos con exactitud el contenido geográfico de esa entidad que hemos denominado *Nordeste Argentino*, por oposición al ya tradicional *Noroeste Argentino*. Constituye, esencialmente, una de las unidades para la sistematización de la arqueología argentina que hemos propuesto en un trabajo anterior (Lafon, 1966) y que ahora trataremos en particular desde un punto de vista geográfico, cultural y cronológico. El Nordeste, como hemos acordado denominar al cuadrante Nordeste del país, corresponde a la faja delimitada por el meridiano de 63°, el paralelo de 34° y los límites políticos. El meridiano de 63° representa, convencionalmente, una corporización arbitraria de la "sutil línea de clivaje" que separa el "ámbito montañoso o serrano", propio del Noroeste, de las tierras bajas del Chaco austral y central, del Chaco santafecino y del extremo septentrional de la Pampa húmeda, que precede a la clásica Mesopotamia, incluido el Delta y la costa Nordeste de la provincia de Buenos Aires. El paralelo de 34°, con el mismo sentido convencional, separa el Nordeste del Centro, como llamaremos a la región pampeana en el trabajo arriba citado.

Se entiende que esta es una división puramente cardinal, de carácter general, que no puede ser confundida con una delimitación cultural, pues la franca e íntima relación con el Paraguay meridional, con el Brasil meridional y con el Uruguay desde ese punto de vista, es innegable. Como es innegable, en términos de correlaciones culturales más ambiciosas, su vinculación con el área amazónica y con el norte de América del Sur, sin olvidar tampoco sus vinculaciones con la franja oriental del Noroeste de nuestro país (Lafon, 1966). Este Nordeste, así concebido, nos permitirá abarcar el tema central de nuestra exposición dentro de límites mucho menos rígidos que otras presentaciones y permitirá también intentar correlaciones más amplias.

Se nos hace un deber hacer una aclaración respecto de esta concepción del Nordeste. Reconoce sí, un antecedente, en el trabajo publicado en 1948 por Howard y Willey, con el título "*Lowland Argentine Archeology*" (en el cual el primero de los nombrados redactó la primera parte, *Northeast Argentina*, y el segundo, la segunda parte, titulada *The Argentine Pampa*, obra que, contrariamente a lo que ocurrió con su equivalente, la de Bennett y sus colaboradores sobre el Noroeste, no ha tenido tanta repercusión. La reconocemos como un antecedente, pero no en cuanto a su fin y a su concepción, porque desde

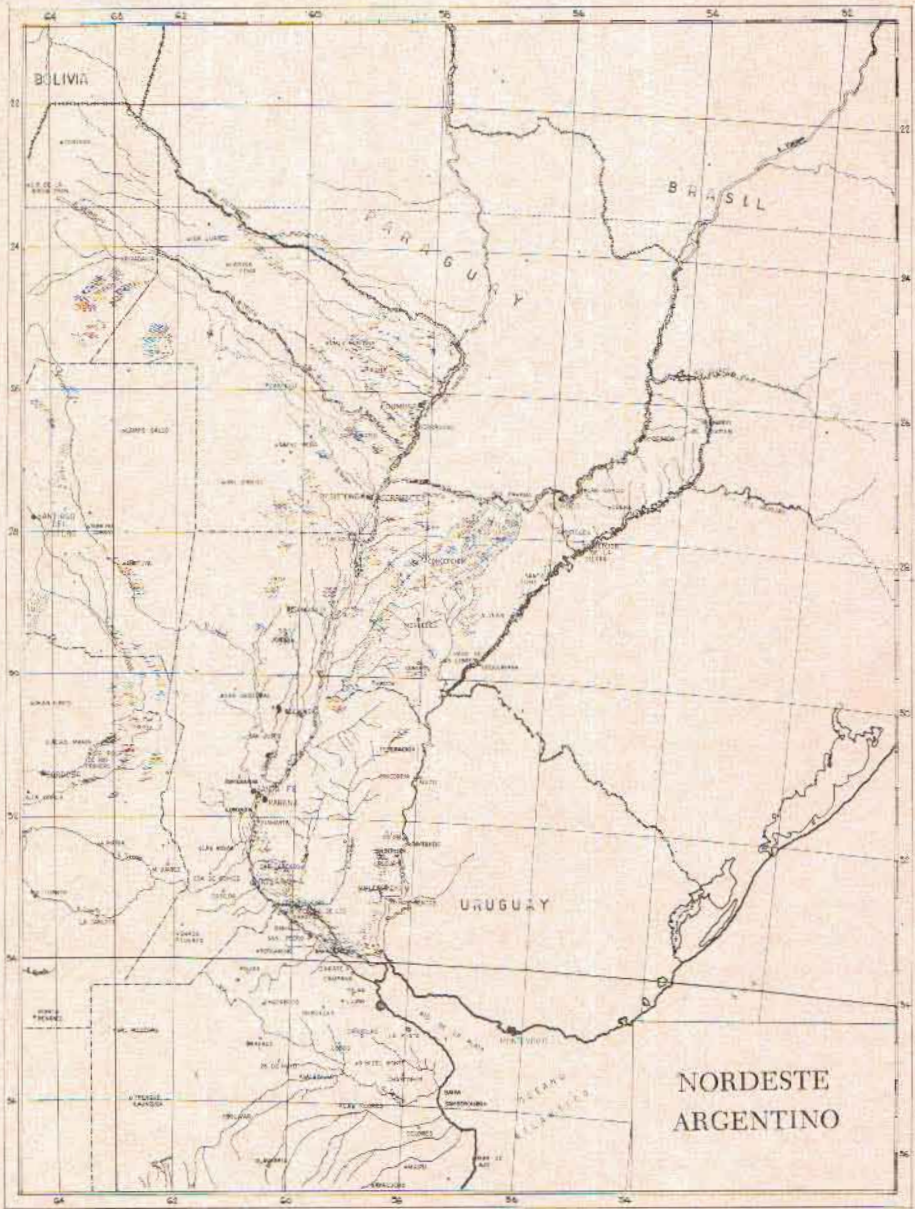


FIG. 1. Mapa del Nordeste argentino.

la subdivisión geográfica que plantearemos hasta las apreciaciones culturales y cronológicas difieren notablemente, como se verá. Otro tanto podemos decir del opúsculo de Serrano sobre el *Area Litoral* (Serrano, 1954). También hemos tenido a la vista este valioso antecedente como ensayo de conjunto pero, como no escapará a la perspicacia de los lectores, hemos seguido otros rumbos. En cuanto a otros antecedentes, no hemos estimado oportuno ni conveniente el alarde erudito de otras concepciones (Torres, Serrano, Aparicio y otros). Nos ha movido a ello nuestro afán de síntesis. Para terminar con esta aclaración, recordaremos también a Márquez Miranda (1954) que tituló a uno de sus acápites parciales simplemente como *Noreste* (sic).

Delimitado que ha sido este Nordeste en términos generales, conviene proceder al afinamiento de su apreciación geográfica y ecológica teniendo en cuenta las particulares configuraciones ambientales que lo integran, como un medio para individualizar distintas condiciones de habitabilidad. En este orden de cosas, salta a la vista que pueden reconocerse tres subregiones claramente definidas: la primera, que llamaremos *Mesopotamia*, a la que se adscriben las tierras que sirven al río Paraná; la segunda, el *Chaco* (Central y Austral) hasta llegar al río Salado, más la tercera, el extremo norte de las llanuras que llegan hasta la margen meridional del mismo río. A su vez, la Mesopotamia admite una nueva subdivisión en una *faja norte* hasta los 28° de latitud sur, una *faja central*, que corresponde más o menos al Paraná medio y una *faja meridional*, que incluye el Gran Delta y los Bajíos Ribereños, y se orienta definitivamente hacia la Pampa. El Chaco admite la división clásica del Gran Chaco Gualamba, en lo que toca a nuestro país, *Chaco Austral* y *Chaco Central*, prácticamente terra incognita para nuestra arqueología, como lo es también el trozo de la Pampa que ocupa el ángulo sudoeste de nuestro Nordeste.

Antes de proceder al análisis temporal y cultural de cada unidad taxonómico-geográfica hemos creído conveniente hacer una advertencia: pese al énfasis geográfico y ecológico que parece privar en su concepción, nuestro punto de partida fue arqueológico y cultural. Primeramente, confeccionamos una nómina de entidades culturales reconocidas e integradas por los especialistas hasta el presente, tanto precerámicas como agroalfareras del país, y comprobamos que, una vez descartadas las que integran el Noroeste, nos quedaba un segundo grupo de unidades culturales agroalfareras y precerámicas, no tan compacto como aquéllas, pero que ocupaba una serie de unidades geográficas que participaban de un sello común: eran *tierras bajas*, ya se tratara del Chaco, de la porción septentrional de la Pampasia o de la Mesopotamia y del Delta y Bajíos Ribereños. La poca concentración de las unidades culturales agroalfareras está condicionada tanto por su desplazamiento fluvial como por el tipo estacionario de su sedentarismo, propio de agricultores inferiores. Y la actividad económica de los cazadores, antiguos y recientes, explica la solución de continuidad de sus rasgos. Asimismo, la información etnohistórica de la zona, del siglo XVI en adelante, nos proporciona un panorama heterogéneo en la inmensa extensión que corresponde a este ámbito de tierras bajas, escenario que fue de una profunda, intensa y antigua dinámica cultural. El análisis menudo de unidades culturales primero, fue el punto de partida para plantear las subdivisiones geográficas que a continuación analizaremos, puesto que aparecían como confinadas en ellas (Lafon, 1969). Los principios básicos de la



FIG. 2. Vuelo de reconocimiento y fotografía aérea con el curso de técnica de la investigación (diciembre 1970).



FIG. 3. Vista aérea de los "Cerrillos del Pilar".

dinámica cultural de la zona fueron claramente vistos por Palavecino (1948, a), por lo menos a nivel de grandes líneas.

1.2 Este trabajo que hoy damos a estampa constituyó, *mutatis mutandis*, el trabajo de base para una investigación de largo aliento que iniciamos hace unos años con un grupo de colegas y estudiantes de Antropología de la Universidad de Buenos Aires. A título personal primero, y luego con un subsidio especial del Fondo para Investigación de dicha Institución, continuamos trabajando hasta el momento, en prosecución del Plan de Trabajo aprobado por las autoridades del Instituto de Antropología y de la Universidad de Buenos Aires. Con anterioridad ya hemos hecho públicas algunas noticias al respecto (Lafon, 1967; 1968; 1969) y, además, hemos intercambiado opiniones personales con el profesor Serrano sobre esta concepción e informado verbalmente a los arqueólogos profesionales y no profesionales que participaron en el informal Encuentro de Cayastá (Santa Fe) del año próximo pasado, sobre el desarrollo de nuestra tarea. Se trata de una investigación sobre el Desarrollo Cultural en el Nordeste Argentino, antes y después del siglo xvi. La llegada de los españoles sirve de límite a la Primera Parte. Desde allí en adelante, se inicia la Segunda Parte, que está siendo cumplida casi contemporáneamente de acuerdo con las posibilidades, y versará sobre el Cambio Cultural a partir de aquella fecha.

El Grupo de Trabajo que encabeza el autor de esta monografía está integrado por un elenco estable que incluye los señores Osvaldo C. Chiri, Luis A. Orquera, Rodolfo J. Merlino y Anselmo Barbieri, Licenciados en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, y al señor Ernesto L. Piana, alumno regular de la especialidad. A este grupo se incorporan periódicamente los alumnos distinguidos que colaboran y tienen oportunidad de hacer sus primeras armas, especialmente en los trabajos de campo. Al mismo tiempo, como el Director del Grupo y los Licenciados Chiri y Orquera integran la Cátedra de Prehistoria y Arqueología Americana, en el transcurso del segundo semestre de 1968 y del segundo semestre de 1969 se dictaron seminarios sobre temas afines. Además, el primer semestre del corriente año de 1971, el Cursillo de Especialización en Arqueología tendrá como centro de interés la arqueología del área en cuestión. El volumen 7 de la publicación "Actualidad Antropológica" (Suplemento de Etnia) correspondiente a los meses de julio a diciembre de 1970, ilustrará con más detalles al lector interesado en conocer el curso de la investigación.

En cuanto a la Segunda Parte, que sale de los límites de la arqueología, también ha sido objeto de trabajo personal del autor y será motivo de un curso especial a dictarse en fecha próxima. Este curso tendrá como hipótesis de trabajo comprobar o desechar las líneas fundamentales propuestas por él en un trabajo general publicado recientemente (Lafon, 1969).

1.3. Sintetizando los diversos pasos de la investigación en curso los enunciaremos a continuación. Delimitación espacial: a) El Nordeste como macroárea, en oposición al Noroeste; b) Áreas ecológicas: Chaco, Mesopotamia y extremo Nordeste de la Pampasia; c) Áreas de investigación: Chaco Central y Chaco Austral; Mesopotamia Septentrional, Mesopotamia Central y Delta y Bajíos Ribereños; Extremo Nordeste de la Pampasia. Delimitación temporal: a) hasta el siglo xvi; b) desde el siglo xvi hasta nuestros días. Procedimiento: a) Puesta al día de la información existente, adecuada a las coordenadas de espacio y tiempo, objeto de esta publicación; b) Revisión de los principales yacimientos

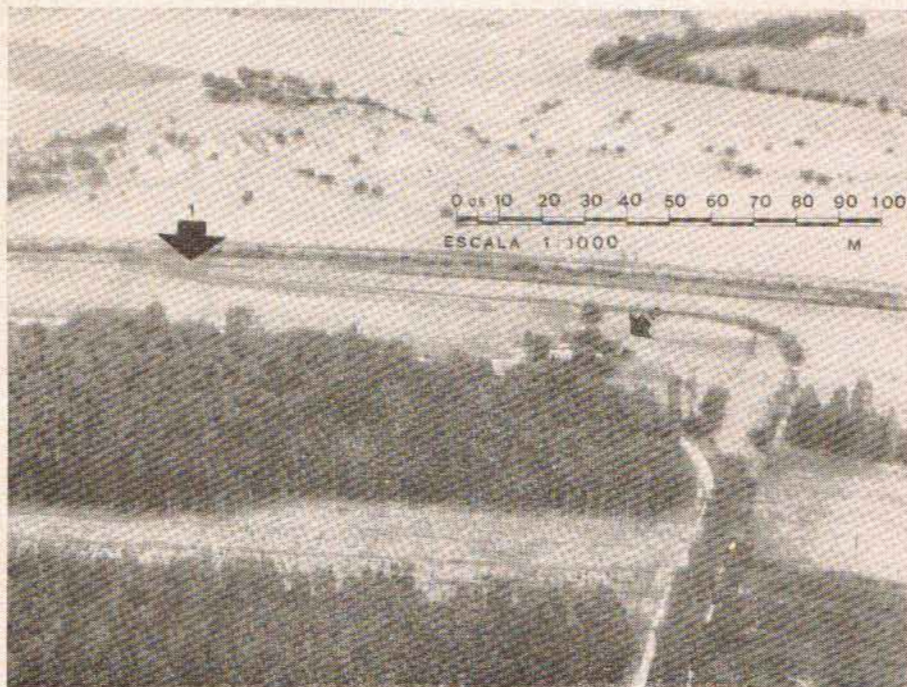


FIG. 4. Vista área del yacimiento arqueológico "Túmulo de Campana"

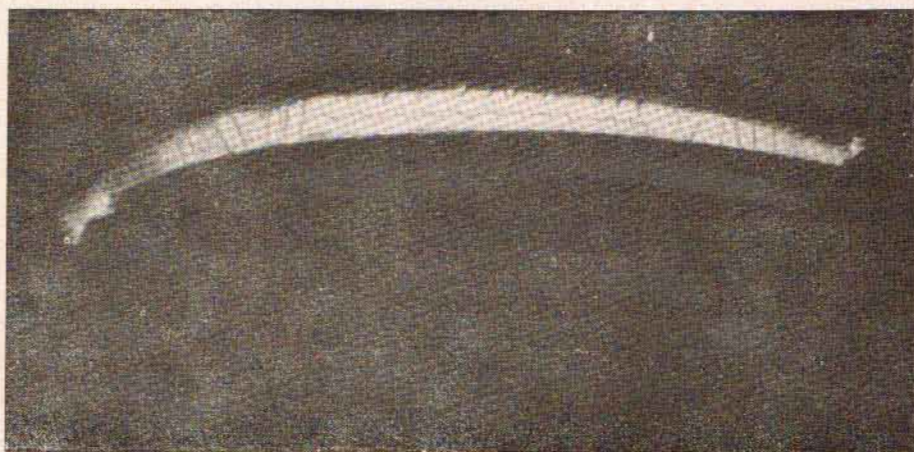


FIG. 5. Costilla de vizcacha decorada (yacimiento "El Estero").

conocidos, a efectos de verificar su significación, que ya hemos cumplido en Arroyo Sarandí, Cerrillos del Pilar y Túmulo de Campana, y otros. Los próximos serán Malabrigo y Goya; c) Ubicación, prospección y excavación de nuevos yacimientos en cada una de las áreas de investigación propuestas, con miras a la compaginación de secuencias regionales y a la determinación de los sitios tipo para cada área; d) El horizonte guaraní; e) Correlaciones; f) Síntesis. No detallamos la segunda parte, porque trasciende los límites de espacio que nos han fijado los editores.

El mapa de la Fig. 1 ilustra claramente la dimensión espacial, restringida a nuestro país. Se sobreentiende, como ya dijimos, que es una delimitación convencional, también desde el punto de vista geográfico, por cuanto integra con las regiones adyacentes, la cuenca del Plata, si la contemplamos en dimensión continental. Pero lo que sí entendemos es que ya la denominación "Litoral" debe ser dejada de lado por razones obvias.

2.1. *Mesopotamia Septentrional*. Corresponde a la provincia de Misiones y a aquella porción de la provincia de Corrientes que se superpone en parte a la difusión de las "tierras coloradas". Se observa en esta región un paisaje quebrado, con régimen de lluvias que permite la existencia de un monte espeso, que en ciertos lugares de Misiones, se convierte en un verdadero bosque. Frente a esta caracterización no debemos olvidar que ese aspecto no fue siempre el mismo. Puede admitirse que recién hace unos 5.000 A.C. se dieron esas circunstancias. Antes debió ser una amplia sabana, en la que alternaban pastos con islotes de bosques, seguramente paraíso de los cazadores.

Esta sección de la Mesopotamia ha proporcionado datos arqueológicos como para estructurar una secuencia tentativa, como se dice ahora, de su poblamiento prehistórico, desde finales del pleistoceno, que, completada con la información histórica y etnográfica, llega casi hasta nuestros días. A continuación pasamos a enumerar cuáles son los diversos estadios culturales que pueden ser propuestos a la fecha.

a) Los cazadores epiprotolíticos (apud Menghin) están representados por los restos hallados en proximidad del Arroyo Fortaleza, aparentemente vinculados con los del sur del Brasil. Se trata de lascas atípicas, restos de fogones y escasos raspadores, con fuerte pátina y que han precedido (?) a las hachas de mano que aparecen en superficie. La presencia de guijarros, algunos partidos de tal manera que parecen *choppers*, permite suponer su origen a partir de culturas de guijarros. La profundidad en que aparecen sugiere antigüedad. Podrían ser comparados por su aspecto con algunas lascas clactonien-ses. Precede al Altoparanaense y es parecido al Catalanense reciente, según algunos autores. Pero como unidad cultural carece de significación real: da la impresión de un inventario incompleto de algo que no conocemos.

Se reconocen también industrias de artefactos gruesos sobre nódulos, (¿o núcleos?) como en el Arroyo Yabebirí, que tienen semejanzas con el Cuareimense de la vecina República del Uruguay (Laguzzi y Cordeu, 1966); (Madraro, Laguzzi, 1967).

La cronología no es nada clara para estas industrias de cazadores epiprotolíticos, pero sí parecería que anteceden al Altoparanaense. No sería muy inverosímil ubicar estos primitivos pobladores de Misiones alrededor del milenio X A.C., si los hallazgos fueran más representativos y numerosos. Pero carece-

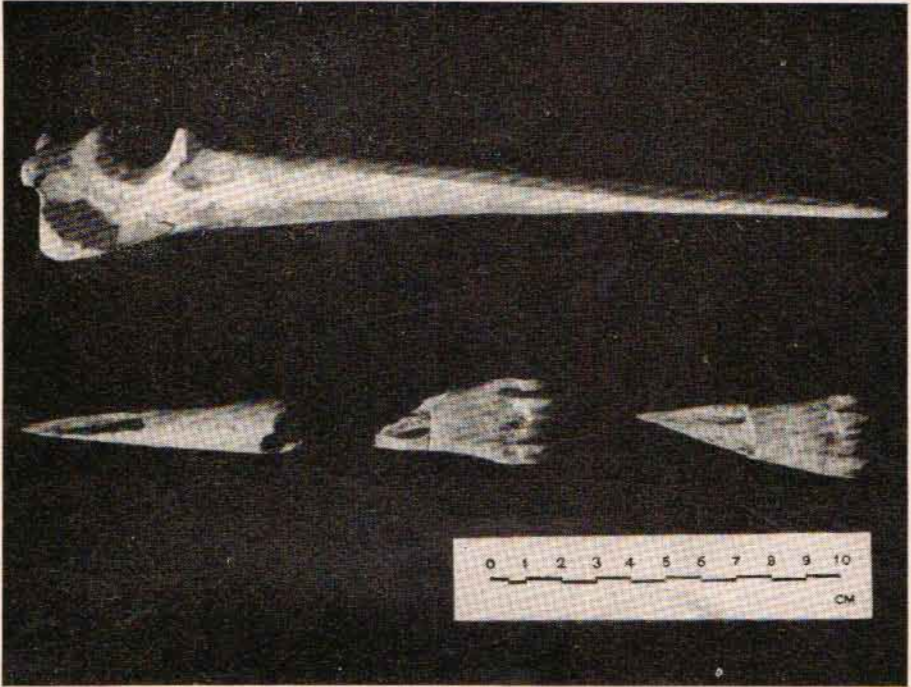


FIG. 6. Puñal y puntas de hueso (yacimiento "El Estero").

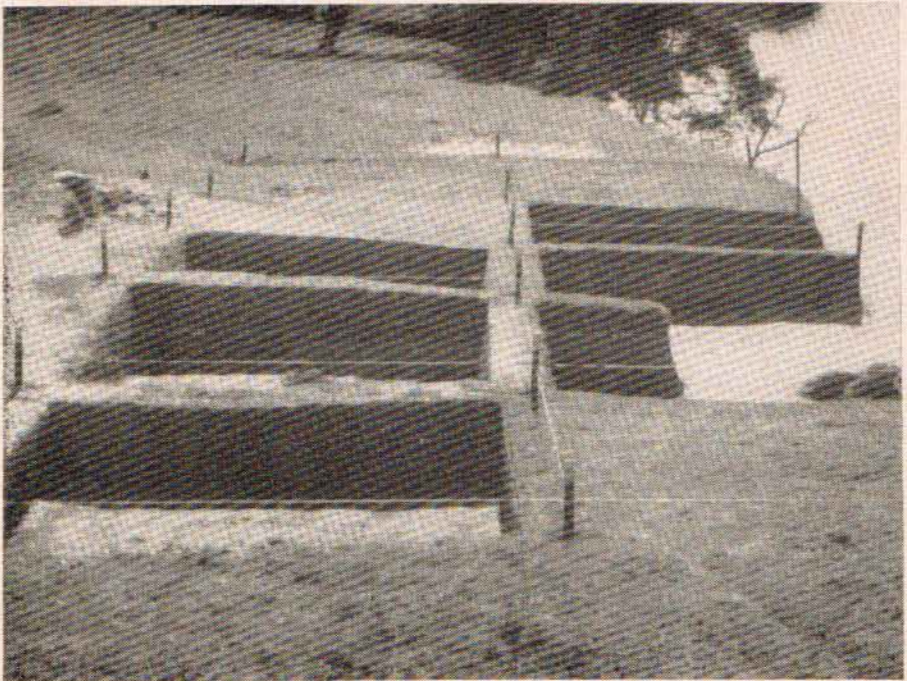


FIG. 7. Vista de las excavaciones arqueológicas en yacimiento "Barrancas del Paranacito" - Florencia (Santa Fe).

mos de cronología precisa y no es lícito suponer demasiado con información tan escasa. Menos todavía con hallazgos como los de Schimel.

b) Los agricultores primitivos o plantadores (apud Menghin) están representados por la industria conocida como Altoparanaense, cuya descripción y valoración ha sido hecha por Menghin. Está vinculada con industrias de hachas de mano, que a su vez entroncaría con los primitivos cultivos de tubérculos de tipo tropical. Su dispersión trasciende nuestro país, por el Paraguay, por el sur del Brasil y por los sambaquí de la costa meridional. Específicamente se trata de industria de núcleos y utiliza lascas en muy pequeña escala. La cronología, sobre bases geológicas, llega y es aceptada corrientemente, al VII milenio A.C. (Menghin 1955, 1956).

Menghin y sus discípulos consideran que el instrumental típico del Altoparanaense sirvió para fines de cultivo aunque, por supuesto, sus portadores tenían todavía economía básica de cazadores. Algún mortero profundo recuerda los del Noroeste oriental. La vecindad de los yacimientos a los ríos hace suponer que pudieran estar en condiciones de cruzarlos. Las armas de caza, posiblemente dardos o lanzas de madera, no habrían llegado hasta nosotros. Pocos raspadores y raederas sugieren que el cuero no fue muy utilizado.

Trabajos más recientes (Rizzo, 1968, 1969, a, b, c), proporcionan observaciones y descubrimientos que abren perspectivas para futuros afinamientos cronológicos cuando otros hallazgos confirmen y avalen, o por lo menos permitan comprobar el no muy nítido panorama de la Gruta 3 de Mayo (Rizzo, 1968, 1969). La autora, en el primer trabajo (1968) relaciona los restos del nivel más profundo con el Altoparanaense I, y los restos del nivel más superficial, con los del Altoparanaense II, por la presencia de bifaces cuneiformes, aunque falten las típicas clavavias curvas. En el segundo trabajo (1969) es un poco más explícita y nos ilustra sobre instrumentos de hueso, tales como anzuelos y puntas, y sobre adornos hechos con conchillas y valvas de molusco, asociados con los artefactos líticos mencionados. Pero las Conclusiones (Rizzo, 1969, pp. 90-91) no responden a la expectativas. Son muy generalizadas, si no contradictorias. Sugiere una antigüedad equivalente a la del Altoparanaense, pero dice que la ocupación de la cueva es relativamente reciente. Por otra parte, si bien la excavación llegó en algún sondeo a profundidades superiores a los dos metros, la potencia de la capa cultural no va más allá de los 40 cm. Si a esto agregamos que la cerámica, en tres tipos distintos por lo menos (pág. 90) se encuentra en proporción mucho menor que los instrumentos líticos y "parece ser de carácter intrusivo", según la autora, que la atribuye a una ocupación transitoria de la gruta por "los primeros elementos paleoamazónicos" de la zona (pág. 91); se ve que la cuestión no es nada clara.

La autora destaca enfáticamente (1969, p. 81) que es el primer trabajo estratigráfico en gruta que se ha cumplido en la zona y detalla esmeradamente métodos y técnicas (pp. 83-86), incluyendo hasta el tamaño de la malla de la zaranda utilizada, recordando métodos y técnicas empleados en otras regiones del país y similares a los puestos en práctica aquí. Sólo nos permitimos hacer una observación respecto de un aspecto fundamental en la excavación de grutas, cavernas o cuevas: no es precisamente lo más indicado ni lo más ortodoxo excavar "en capas de veinte centímetros de espesor" (pág. 86), por cuanto la sedimentación en lugares cubiertos es normalmente tan lenta que en esos 20 cm de espesor pueden quedar incluidas capas culturales distintas y plantear falsas aso-

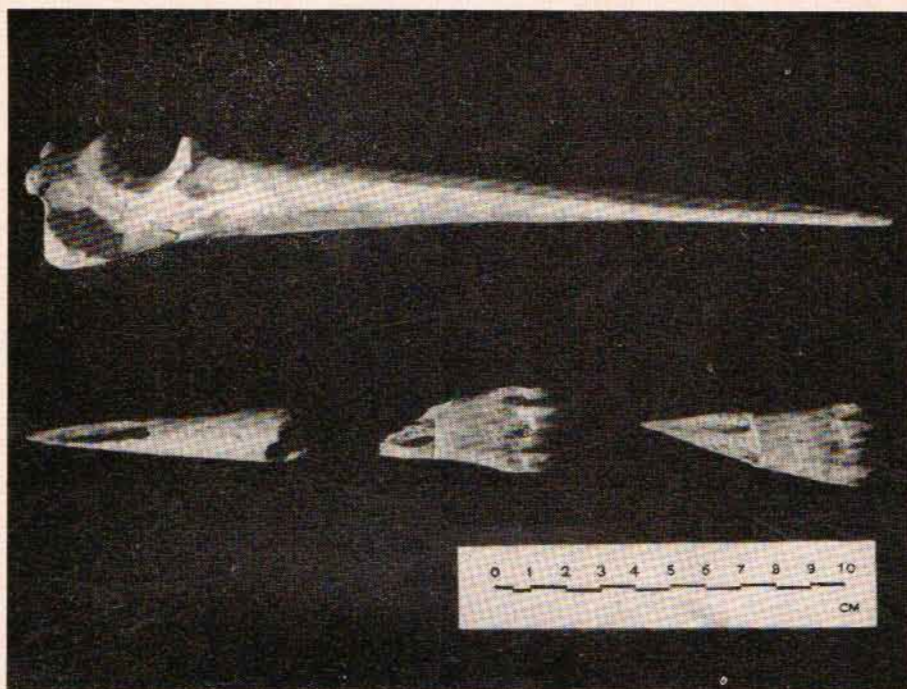


FIG. 6. Puñal y puntas de hueso (yacimiento "El Estero").

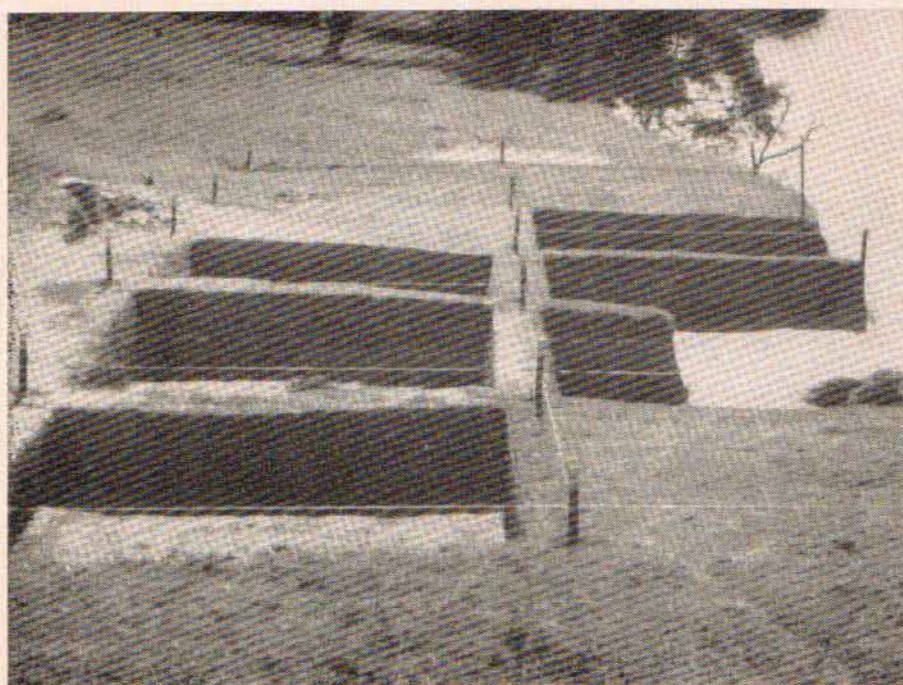


FIG. 7. Vista de las excavaciones arqueológicas en yacimiento "Barrancas del Paranacito" - Florencia (Santa Fe).

ciaciones, con las implicaciones del caso (vide Schmid, 1965). ¿No será este procedimiento el que ha hecho que las capas culturales coincidan exactamente con las capas artificiales de 0/20 y 20/40 que excavó la autora? Si la asociación de las industrias líticas (de las dos, según se desprende del acápite 2, de la pág. 88) con utensilios de hueso y concha se comprobara una vez más, de manera fehaciente, se trataría de un descubrimiento de significación.

La economía de caza, pesca y recolección nos estaría indicando un género de vida que demuestra una modificación de la tradición altoparanaense adaptada a otras condiciones ambientales y en situación de sobrevivir mucho tiempo Rizzo (1969, p. 91) no nos dice por qué considera que la cerámica es intrusiva. Pero nosotros entendemos que podría no serlo. Cazadores, pescadores y recolectores de moluscos fluviales; anzuelos, perforadores, puntas y agujas de hueso, cuentas de conchilla o de concha, algunas decoradas, con cerámica ¿no constituyen acaso un contexto harto frecuente en el Nordeste, especialmente en la Mesopotamia, hasta tiempos históricos? Máxime cuando páginas antes (pág. 90) sugiere vinculación con la cerámica de Eldorado, de la que ya hablaremos más adelante.

Los restantes trabajos (Rizzo, 1969 a, b, c), agregan información que servirá para futuras investigaciones y para confirmar generalizaciones ya conocidas.

Por fuera del Nordeste y aun dentro del mismo se postulan vinculaciones del Altoparanaense con otras industrias. Hacia el oeste, con la industria de Ampajango, y hacia el sur, con los materiales de Carcarañá, Trenque Lauquen y Claremeo. Como posibilidad, como hipótesis de trabajo ad demonstrandum, puede tenerse en cuenta. Pero de ahí a darlas por sentadas hay mucho trecho que andar. No sólo en lo que se refiere a cronología y morfología con relación a Ampajango sino en lo que se refiere a las condiciones de hallazgo y concepción técnica, con relación a los restos de Carcarañá y Buenos Aires. Y si admitimos esta vinculación y pensamos sobre esta base en una gran expansión de estos "plantadores primitivos", cedemos demasiado a la inferencia con puntos de apoyo muy frágiles.

c) El neolítico antiguo (siempre apud Menghin) está representado por el material recuperado en la región de Eldorado, en Misiones, que consiste principalmente en grandes hachas de arenisca alisadas, sin pulimento, y cierta proporción de cerámica (Menghin, 1957). La cerámica es simple, lisa, de color gris y raras veces, rojo ladrillo, sin decoración. Las formas son variadas, desde verdaderos puercos hasta vasos de paredes más altas con cuello estrechado. Como ruinas de superficie aparecen túmulos cuyo significado exacto desconocemos todavía, aunque puedan referirse a las construcciones de los antiguos Caingang, por lo menos, exteriormente.

Respecto de la cerámica nos falta saber mucho todavía. Posiblemente resista la comparación con algunos fragmentos del litoral mesopotámico más meridional, pero también habría que ver la posibilidad de su conexión con el cercano Noroeste y con la difusión de las hachas de piedra pulidas en esa misma faja. No hay estudio técnico respecto de los restos procedentes de la excavación de Menghin, ni una caracterización específica de lo que se llama "cerámica Eldoradense", a partir del trabajo de Menghin de 1957.

Tampoco sabemos nada sobre cuándo se inicia el Eldoradense ni tampoco de su difusión y permanencia, aunque seguramente llegó hasta la difusión Guaraní. Su descubridor le adjudica una duración de ca. 1000, entre 2000 y 1000 A.C. Sobre la tradición del neolítico antiguo se desarrollará después el

Hachas
areniscas
y cerámicas



FIG. 10. Cabeza de psitácido en cerámica "in situ" ("Barrancas del Paranacito").

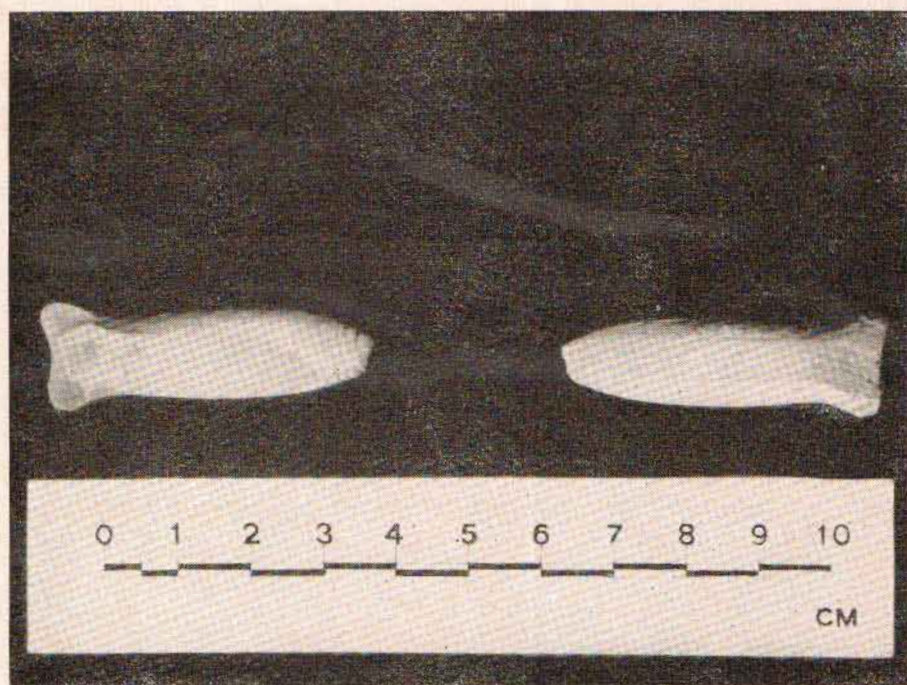


FIG. 11. Réplica de peccito (?) (Cimbel? tumbeta?) en valva de molusco ("Barrancas del Paranacito").

neolítico pleno. Los guaraníes, últimos llegados, habrían empujado a sus antecesores hacia el interior del territorio.

d) El neolítico reciente está representado por la Cultura Guaraní, tal como aparece en los pocos yacimientos arqueológicamente estudiados, que son sin duda prehispánicos, y representan las primeras pruebas de la expansión de los rasgos específicos de lo que bien puede llamarse *Horizonte Guaraní*, de amplia difusión por los países vecinos. Este estadio de desarrollo, tal como lo planteamos en este momento, está integrado exclusivamente con información arqueológica, sin tener en cuenta para nada las fuentes históricas. Puede ser ubicado sin mayores violencias entre los siglos xiv y xv A.D., en esta parte de nuestro país. Los datos básicos pueden verse en Ambrosetti (1894, 1895), Menghin (1962), Camba (1940), entre los más corrientes. Información complementaria, muy sumaria, de Palavecino (1948 b) nos da la seguridad de que este que llamamos neolítico reciente, o guaraní arqueológico, se superpuso a grupos humanos anteriores, portadores de una cultura de tipo Malabrigo, de primitivos agricultores paleoamazónicos.

Hemos caído ahora de lleno en lo que bien puede llamarse la "cuestión Guaraní", de tanta actualidad en el campo arqueológico, etnográfico y etnohistórico. Entendemos haber sido claros al decir "Horizonte Guaraní" con sentido arqueológico: la expansión rápida del patrón cultural tupí-guaraní que precedió a la llegada de los españoles y llegó, en algunos lugares, a ser su contemporáneo, tal como se da en nuestro país. A partir del siglo xvi, el proceso siguió de otra manera y respondió a otras causas.

No conocemos para la Argentina restos semejantes que sean anteriores a los siglos xv o xvi, lo que no significa que no los haya. Como se verá cuando tratemos el Delta y los Bajíos Ribereños, el patrón tupí-guaraní sufrió modificaciones locales, que tienen, a su vez, connotaciones cronológicas precisas. Pero lo que es evidente ya es que la tradición cultural que llamamos guaraní o tupí-guaraní, que condujo el patrón homónimo, integrado sobre bases arqueológicas tardías y la información de los cronistas de los primeros tiempos, es mucho más antigua como lo han demostrado estudios recientes en el Brasil. Se trata de una tradición cerámica, que incluye pintada, corrugada, lisa, brochada y unguiculada, que se han dado casi simultáneamente, y que en el sur del Brasil es anterior a la que aparece en el norte y también anterior a la que aparece en el Nordeste argentino. La fase Umuarama, de Paraná, fechada en 570 m/m 150 A.D.; fase Guanatiba, en Guanabara, 980 m/m 100 A.D. 1270 m/m 130 A.D. para la fase Itacurú en Bahía (Varios —Museo Goeldi— 1969 pp. 20-22).

Resulta evidente ya la necesidad de especificar si se habla de un "patrón tupí-guaraní" o de un "horizonte guaraní" (rápida y tardía expansión de aquél), o de una "tradición tupí-guaraní generalizada" (anterior, a la que por comodidad adjudicamos un gentilicio que no le corresponde y de la cual nació una individualidad que después fue identificada por una designación de familia lingüística). Esta "tradición tupí-guaraní", así concebida, coincidiría con el neolítico pleno de Menghin, por lo menos en sus orígenes.

En pleno desarrollo de esta tradición, en esta extensa área que toma Paraguay y sur del Brasil, pudieron haber llegado también desde el norte del continente otros estímulos de distinto origen, de extracción paleoamazónica, que podrían explicar manifestaciones más meridionales, como los ribereños plásticos.

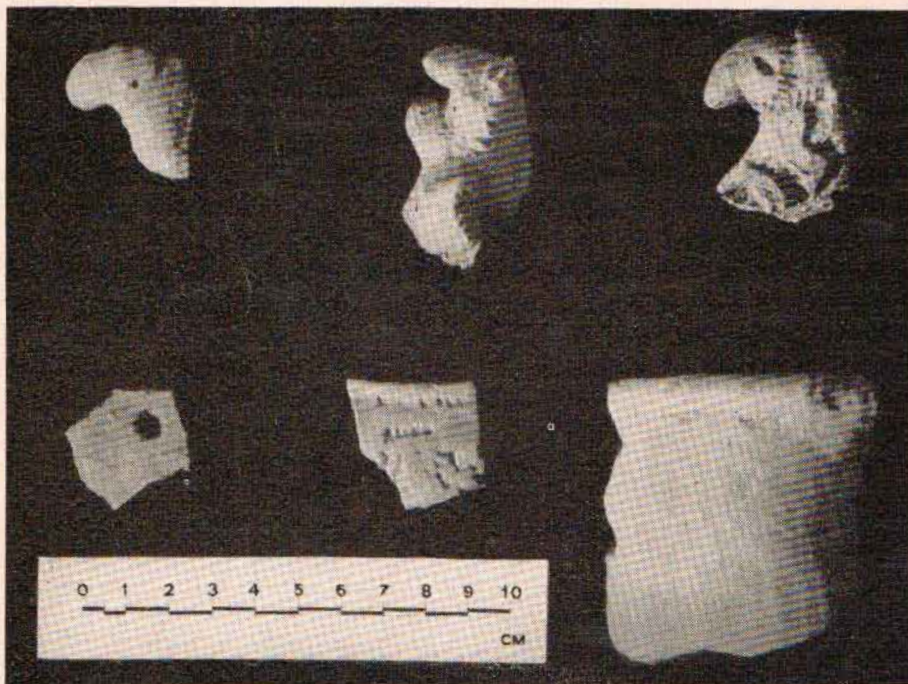


FIG. 12. Cabezas de psitácidos en cerámica ("Laguna Cristal" - Santa Fe - Superficie).

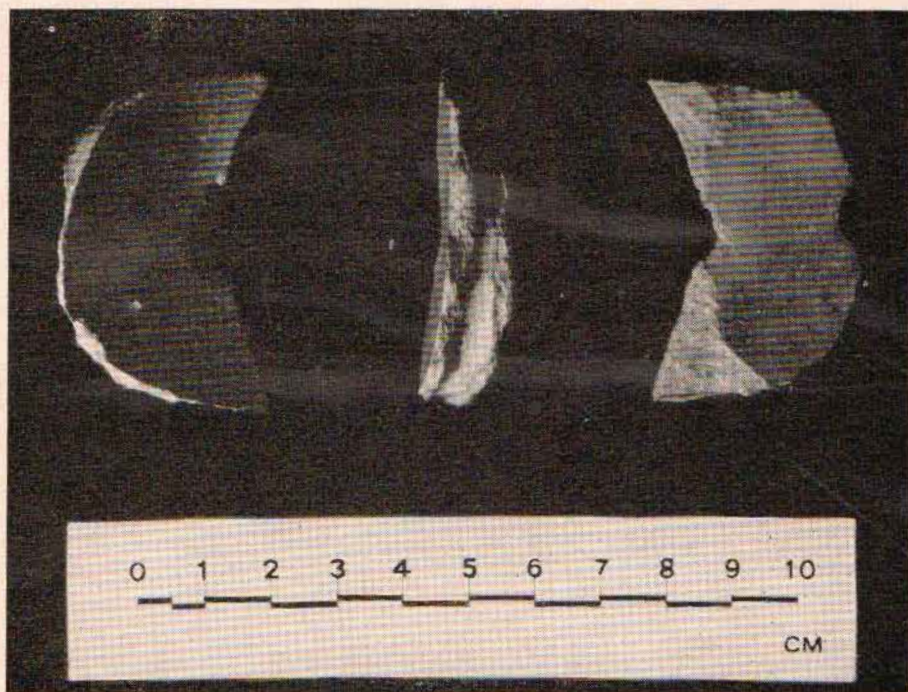


FIG. 13. Fragmento de orejera en piedra ("Pulley Stone" - Yacimiento "Anahi" - Prov. Buenos Aires).

e) El estadio hispano-indígena corresponde concretamente a la etnohistoria de la región. Abarca desde los primeros contactos con los españoles que fueron hacia el norte hasta la instalación de las Misiones Jesuíticas. La información resumida puede verse con precisión en Palavecino (1948, a). Pueden reconocerse restos arqueológicos en las ruinas de las Misiones Jesuíticas. Este período finaliza en números redondos en el siglo xviii, después de la expulsión de los jesuitas, cuya acción motivó un nuevo período de desarrollo cultural, con todas las características de una cultura folk, o mixta como preferimos llamarla, bien caracterizada por Palavecino, que se encuentra hoy en vías de disolución y adaptación a nuestra sociedad nacional.

f) Los agricultores tropicales (Palavecino, 1959), en su carácter de cultura folk en disolución, cubren todo el siglo xix y sobreviven en ciertos lugares hasta hoy. Restos arqueológicos de este período tan cercano a nosotros pueden observarse todavía y fueron documentados en las vecindades de Goya por el mismo Palavecino (1948, b). En otro trabajo nos hemos ocupado del devenir cultural a partir del siglo xvi en estos lugares (Lafon, 1969).

2.2. *Mesopotamia Central*. Se extiende desde el límite arbitrario representado por el paralelo de 28° hasta Diamante, sobre el río Paraná. Desde allí el límite sigue la vieja línea de médanos que en las proximidades del Uruguay marca la cuenca del Ñancay. Coincide en buena parte con el "área paranaense" que propuso Serrano cuando estudió los aborígenes de Entre Ríos, pero incluye también el Noroeste y la región central del mencionado autor (Serrano, 1950), siempre referidas a la provincia de Entre Ríos.

Esta faja de la Mesopotamia aúna rasgos geográficos y distritos geográficos que le dan una fisonomía particular. Biogeográficamente, la margen occidental del Paraná es lo que Holmberg llamó Chaco santafesino, zona de transición entre el Chaco propiamente dicho y la Pampa húmeda. Al este del Paraná, desde el extremo meridional de Corrientes hasta la línea de médanos, corresponde a las llamadas tierras altas de Entre Ríos, que primitivamente estuvieron cubiertas por la selva de Montiel, hoy casi extinguida, bordeando innumerables cañadones y arroyos. Las costas del Paraná y las del Uruguay son barrancosas y con mucho bosque ribereño, de flora chaqueña en el Paraná y misionera en el Uruguay. Es una llanura ondulada recorrida por suaves colinas que no llegan a ser las filosas cuchillas del Uruguay.

En este caso la información cultural es más pobre en cuanto a las posibilidades de diacronizar los datos acumulados en gran número de trabajos. Las dificultades aumentan porque casi siempre estos datos han sido interpretados a la luz de las fuentes históricas, lo que ha ocasionado una visión horizontal, concebida como yuxtaposición de culturas, marginando al mismo tiempo la posible superposición en ciertos casos. Esto, sin contar con que muy a menudo las condiciones de hallazgo invalidan, o poco menos, extraer conclusiones con cierta seguridad.

La masa de información que hemos manejado tiene como punto de partida dos bases concretas: primero, el yacimiento de Malabrigo estudiado por Frenguelli y Aparicio (1923) y los que pueden adscribirse a él; segundo, una serie de trabajos de Serrano sobre el Nordeste de Entre Ríos (Serrano, 1932) y su conceptualización del "área de vinculaciones patagónicas" (Serrano, 1950). No hemos perdido de vista tampoco las sugerencias de Menghin (1957) a propósito de esta área. Hemos restringido a estos elementos de juicio nuestra

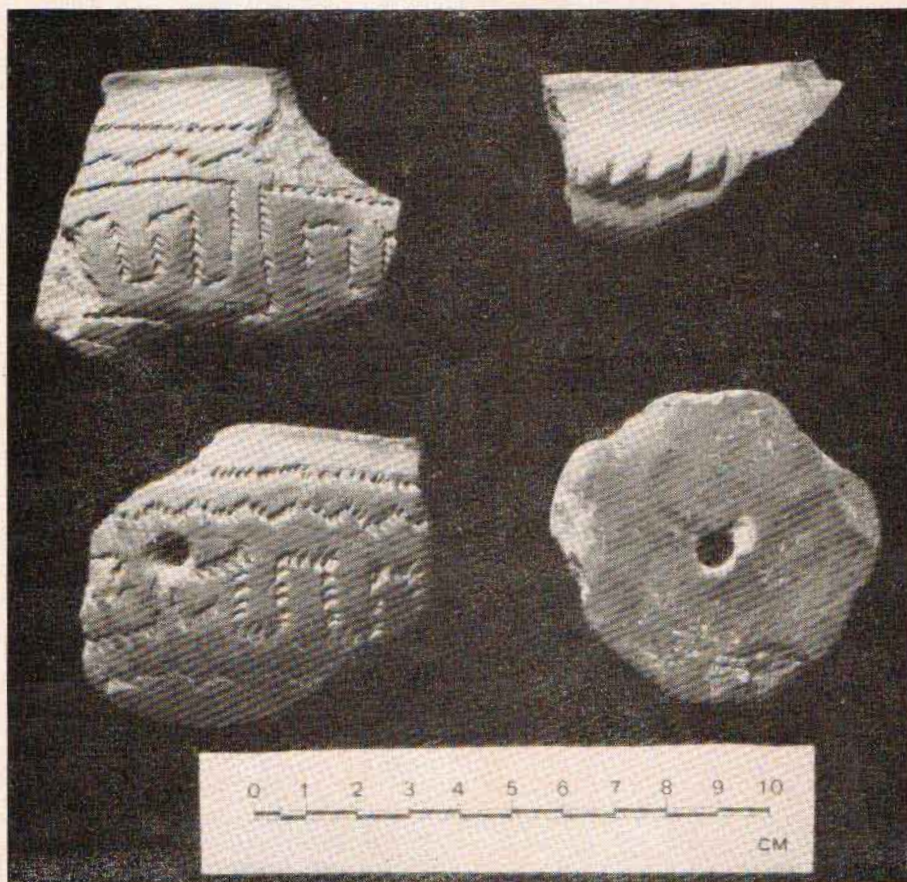


FIG. 14. Tiestos decorados y con perforación central ("Anahi" - Escobar - Buenos Aires). Las fotografías de este trabajo pertenecen a Mercedes Alborno y Carlos Mordo.

consideración, porque a la luz de los nuevos aportes arqueológicos de los países vecinos y del nuestro propio, puede intentarse revalorar su significación.

Dado que los datos arqueológicos se refieren principalmente a las regiones vecinas a los ríos que delimitan la provincia de Entre Ríos, ya que sobre el interior la información prácticamente no existe, limitaremos nuestros intentos a la interpretación en términos de desarrollo cultural de dicha información, empezando por la región cercana al río Paraná.

a) Con justicia, por su significación no conocida totalmente pero sí sospechada, el yacimiento típico tradicional para esta sección es Malabrigo, y a él pueden asignarse varios otros en los cuales el rasgo predominante está dado por la alfarería con un modelado tan especial que permitió acuñar el nombre de *riberaños plásticos* que tuvo extraña perduración y de la que tanto se ha escrito y se ha hablado, sin ahondar en su significación.

Frente a la monografía de Frenguelli y Aparicio y a sus conclusiones se impone una revalorización del yacimiento y la necesidad de su revisión. Esta idea se ve apoyada por la bibliografía posterior hasta llegar especialmente a Serrano y se va confirmando en los estudios de los últimos tiempos.

Debe revalorarse también el tipo de inhumación, en este caso, secundaria y no en urna, sin que falten los huesos pintados, y en otros casos, asociada con cantos rodados de calcedonia que existen en la zona. Este tipo de inhumación se ha difundido mucho más al sur pues aparece en el cementerio N° 1 de Paraná Guazú, en Mazaruca, y a lo largo de las orillas del río Salado en Santa Fe (Torres, 1911). Sería necesario comprobar si realmente son túmulos o verdaderos tells o acumulaciones ocasionadas por la elección como sitio de instalación humana en antiguas elevaciones, en las que quedaron luego rastros de habitación, desperdicios y tumbas. La ausencia, prácticamente total, de vasos enteros merece ser tenida en cuenta cuando uno piensa en ciertos hábitos como el de destruir todo lo que perteneció al muerto o en ritos orgiásticos que terminaban con la rotura de la cerámica.

Pero, sin querer, estamos a punto de caer en lo mismo que criticamos. La atenta lectura de la monografía de Malabrigo admite una marcada diferencia entre sus dos cuerpos. El geológico, que redactara Frenguelli, sobre el que no insistiremos hasta visitar de nuevo el yacimiento o la zona, y el que redactara Aparicio, sobre la arqueología propiamente dicha. De éste, tampoco decimos nada. No resiste el menor análisis crítico ni técnico. Sólo sobreviven un puñado de tiestos cuya ilustración se repite a lo largo de los años y que nos recuerda un informe del túmulo de Campana, cuyos autores afirmaron haber recogido "les plus jolis". No muy distinto es el resultado al valorar in toto las fuentes bibliográficas respecto de estos "ribereños plásticos". La solución es excavar otros yacimientos que permitan reconstruir a qué contexto se integran y así estamos haciéndolo como consecuencia de este análisis crítico de su bibliografía. Por ahora nos limitaremos a consignar algunas observaciones cuyo valor real es significativo. Después hablaremos de esos "otros yacimientos".

Las características propias de la cerámica de estos ribereños plásticos, o cerámica paranaense como la llamara Serrano, que incluyen las campanas o alfarerías gruesas, deben ser objeto de un nuevo análisis estilístico y tipológico que puede deparar sorpresas. Adelantamos ya algunas posibilidades concretas. La idea de la disposición de muchos de los aditamentos ornitomorfos, en posición rampante sobre el perfil del vaso, o directamente asomándose al interior del mismo, puede observarse en la cerámica de Santarem. La forma de muchos de los platos (Serrano, 1958, fig. 28) con los mismos aditamentos zoomorfos, sugieren la preparación de tortillas de mandioca que el mismo Serrano (1950, pág. 63) ha reconocido en el norte de Santa Fe y considera previsible su vinculación con ciertos recipientes usados para tales fines por los arawak. Las campanas y alfarerías gruesas no parecen encajar bien en este contexto y podrían ser de origen alóctono. Las campanas conocidas para Guatemala están muy lejos y no tenemos eslabones de por medio como para tomarlas como elemento de juicio. Con respecto a las de Santiago del Estero, su valor diagnóstico es más ponderable.

La cerámica corrugada no es, de ningún modo, prueba de contacto guaraní sino que pertenece a estratos más profundos. La cerámica pintada, generalmente en motivos rojos o en bandas del mismo color tampoco parece responder al conjunto original sino más bien a tradición tupí-guaraní generalizada (vide supra).

La cerámica de formas simples con decoración incisa en registros a

manera de bandas aparece asociada con las representaciones plásticas, pero puede haberla precedido y entroncar con antiguos horizontes de tradición incisa, entre los que no pueden descartarse algunos procedentes del noroeste.

El instrumental de hueso, prácticamente ausente en Malabrigo y presente en algunos otros yacimientos, aumenta a medida que avanzamos hacia el sur. Esto parece sugerir que no se trata de un elemento que pueda adscribirse al contexto original. Claro que no tenemos garantía de su ausencia, dado el método de excavación. Creemos que más minuciosa investigación en la zona puede deparar algunas sorpresas.

La industria lítica asociada en general es muy pobre y no demuestra grandes influencias de los cazadores australes. Las bolas de boleadora, sin apreciación cronológica, y una placa grabada (Serrano, 1950, pág. 78) no nos alcanzan para un diagnóstico exacto al respecto. En cambio, aparece una pipa de piedra asociada con ella que sugiere fechas más tardías. No así los pilones de Hernandarias, de neta raigambre neolítica, vinculados concretamente a la agricultura (Serrano, 1950, pág. 77, fig. 48 y Serrano, 1930).

Frente a esta serie de consideraciones no creemos aventurado conectar a estos yacimientos cuyo prototipo puede ser Malabrigo, con un estrato de agricultores paleoamazónicos enraizados en un neolítico antiguo, de mucho más al norte, independiente del Eldoradense, que se asentó sobre las márgenes del Paraná, y luego fue expandiéndose hacia el sur y hacia el este. Sus portadores habrían llegado a este lugar de nuestra Mesopotamia al filo de nuestra era, entrando en contacto con los pobladores locales, pescadores con cerámica, que serían lo que Serrano llamó cultura básica del litoral. Algunos, perduraron hasta la época histórica. Otros, más antiguos, podrían haber sido los de la Gruta 3 de Mayo, a nuestro juicio.

Después llegaron los guaraníes que ocuparon esporádicamente algunos lugares de la costa, a ambos lados del Paraná, sin penetrar mucho hacia el interior. No alcanzaron a extenderse mucho y algunos de ellos fueron reconocidos ya en épocas de Gaboto, navegando por el río Paraná. Pero las viejas parcialidades neolitizadas y guaranitizadas señoreaban la costa en el siglo XVI. Son los mocoretás, corondas, colastinés, etc., que vieron fundar a Santa Fe la Vieja.

b) Sobre el río Uruguay otro es el problema. Como en el caso anterior las investigaciones son pocas y los trabajos básicos se remontan a mucho tiempo atrás. Por de pronto, esta faja de nuestra Mesopotamia entra en lo que Serrano llama "área de vinculaciones patagónicas", que abarca el sudoeste de Río Grande del Brasil y buena parte de la República del Uruguay y que considera como muy reciente y es "atribuida sin disputa alguna, a los charrúas" (Serrano, 1950, pág. 93), sobre la base de trabajos anteriores, especialmente uno del año 1932, casi contemporáneo de otros que cumpliera Greslebin allá por 1927, y también Frenquelli, sobre talleres de basalto. La atenta lectura del trabajo de Serrano depara sugerencias que plantean la necesidad de rever todos esos yacimientos a la luz de los conocimientos actuales y del perfeccionamiento de las apreciaciones cronológicas. Las referencias a propósito del corte de la barranca, aunadas a sus observaciones, nos ponen en presencia de un fenómeno que no es hoy desconocido.

Los restos provienen de las capas A y B, una que es *humus* y otra que es arenosa y en humificación, en las que se cuentan núcleos y centenares de

residuos de industria lítica, y raro, los utensilios in situ, los encuentra, sí, al pie de la barranca. Y además, nos dice, que en la capa *e*, a un metro por debajo de la capa *d* que es de ceniza volcánica endurecida, ha encontrado "fogones prehistóricos" y una "botija", como se las llama tradicionalmente. Ningún otro resto en esta capa, que es "post-pampeana". Hasta aquí las observaciones en la Barranca Pelada del Espinillal. Las ilustraciones de los materiales líticos y de los escasísimos tiestos de cerámica lisa dan la impresión de que puede haber dos estratos culturales diacrónicos referidos a las capas A y B. Uno de ellos, caracterizado por las puntas pedunculadas de neto aire norpatagониense y la cerámica lisa; el otro, por los raspadores, raederas y puntas apedunculadas. Quedan sin posibilidad de asociación los fogones y las botijas.

En el otro yacimiento, esta vez sin corte geológico, parece repetirse la misma situación. También la materia prima han sido los cantos rodados. Muchos, apenas desbastados. Varios, totalmente usados para extraer láminas. Pero no faltan algunos que son verdaderos choppers. Dice que abundan los raspadores y se ven ilustrados diversos tipos de raederas y algún posible cuchillo. También, puntas de flecha pedunculadas y apedunculadas, algunas lanceoladas, de inusitada perfección técnica, que resisten la comparación con el norpatagониense.

Este panorama de Monte Caseros se repite en los otros yacimientos hasta llegar a Salto Grande. Ahí cambia el panorama: menor cantidad de piedra y abundancia de cerámica incisa, semejante a la de las costas del Paraná, que nos daría nuevamente la pista de las protoculturas neolitizadas.

A estas referencias corresponde agregar otros elementos de juicio que, aunque, aislados, pueden contribuir a sostener algunas hipótesis que plantearemos en relación con el antiguo poblamiento de la zona. Se trata de la presencia de algunos ejemplares de placas grabadas encontrados en Salto Grande y en Mocoretá (Serrano, 1950, pág. 101, fig. 68). Si bien no son idénticas a las de Patagonia no se descarta su vinculación ergológica. Como no puede descartarse la relación de la placa de Mocoretá con los conocidos vasos de Puerto Basilio. Pero ninguno de estos restos resiste la crítica a las condiciones de hallazgo. Los recientes trabajos de Cigliano (1967) en la zona de Salto Grande dieron a conocer una industria sobre lascas y guijarros de arenisca cuarcítica, cuarcitas y algo de sílex. Se trata de material de superficie y el autor, con prudencia, no hace apreciaciones cronológicas. Sólo recalca ciertas analogías tipológicas con la industria del Catalanense y algún yacimiento de Paraná, Brasil.

En cuanto a los yacimientos guaraníes, aparecen con poca frecuencia en Concepción del Uruguay en las islas del mismo río, perdurando hasta la Conquista, según se ve por el hallazgo de cuentas hispánicas y por la documentación histórica. Además, hay noticias históricas de charrúas, guenoas y yarós para la segunda mitad del siglo XVIII, tanto para esa zona como para el centro de la provincia.

La intensa antropodinamia de esta región ha contribuido a complicar el panorama etnohistórico que necesita, tanto o más que el arqueológico, de una adecuada diacronización para empezar a abarcar el tremendo proceso de aculturación que se cumplió en la Mesopotamia.

Frente a la parvedad y falta de nitidez de la información arqueológica

resulta muy audaz intentar una aproximación diacrónica, pero lo arriesgaremos a manera de hipótesis de trabajo, según se ve a continuación.

En la faja central del litoral mesopotámico es posible presumir la existencia de industrias líticas asimilables a las tradiciones técnicas de la Pampa, de aire Blancagrاندense; y a la vez, algunas otras, asimilables a las antiguas industrias líticas del lado uruguayo (Bórmida, 1964).

En el lado del Paraná, en los primeros siglos de la era, sobre esas culturas paraneolíticas se asentó un estrato de agricultores paleoamazónicos que se extendió hacia el sur y el sudeste, inyectando su estilo cerámico particular a la tradición cerámica ya existente, dando por resultado los ribereños plásticos. Estos, llegan en algunos casos hasta tiempos históricos.

En la faja del río Uruguay este estrato paleoamazónico se reconoce en el delta del Río Negro. En cambio, las culturas epiprotolíticas sufrieron una miolitización que se trasuntó en instrumentos más finos y especializados (Serrano, 1932; Bórmida, 1964).

Esta miolitización debe entenderse como adjudicable a pueblos cazadores (antecesores de los charrúa históricos) a quienes pueden atribuirse los vasos de Puerto Basilio y las placas grabadas, resultado de aquel proceso, más todo el rico acervo lítico perfeccionado que se asigna genéricamente a los charrúa. (Cf. vinculaciones patagónicas de Serrano.)

Por último, a lo largo de ambos ríos se desplazaron los guaraníes que sin embargo no dejaron huellas demasiado marcadas como se ve en la faja norte o en la faja sur, a estar a la información bibliográfica.

3.1. *Delta y Bajíos Ribereños.* Se extienden desde el límite meridional de la faja central hasta el paralelo de 34^o, incluyendo así buena parte del nordeste de la provincia de Buenos Aires al norte del Salado que sirve tanto a la costa del Paraná como a la costa del Río de la Plata. Sus características básicas determinantes son heterogéneas, como puede comprobarse a simple vista sobre el mapa. Incluye el Gran Delta y las tierras bajas de Entre Ríos; la costa de Buenos Aires sobre el Río de la Plata y las costas sobre el río Paraná hacia el Salado del Norte. Representan el acceso hacia las tierras interiores de la pampa húmeda por el sur y hacia las Sierras Centrales y, siguiendo las vías fluviales, llanura chacosantiagueña por el norte. Y heterogéneo también es el panorama cultural, como resultado de haber sido el lugar de muchos desplazamientos humanos con la consiguiente complicación del cuadro cultural.

Entendemos que a falta de cronología siquiera aproximada, una manera de poner un poco de orden es intentar una determinación de las principales características de los yacimientos según la zona y analizar luego el patrimonio de cada uno de ellos.

Los yacimientos típicos del Delta son asentamientos en elevaciones no inundables, en medio de tierras bajas y anegadizas, que han sido a la vez lugar de vivienda y de inhumación (Torres, 1911; González, 1947). Decimos *ex profeso* "elevaciones", y no "túmulos" ni "montículos", para ser objetivos.

Los yacimientos propios de las tierras bajas de Entre Ríos hasta el Río Uruguay son asentamientos en albardones, o en elevaciones, y también otros a manera de "cerros", más altos, sobre la costa del río Uruguay, que son lugares de vivienda y sitios de inhumación.

Los yacimientos ubicados en los Bajíos Ribereños tienen características

más o menos semejantes. En el Paraná, están ubicados en las costas no inundables, sobre la barranca cuando ésta es bien notable, o en zonas fuera de la línea de inundación; en la costa del río de la Plata aparecen por fuera de la línea de creciente, en albardones naturales, o a la altura del primer cordón de conchilla, como en Punta Lara (Cigliano, 1963). Agregamos en esta nómina los yacimientos de la isla Martín García ocupada por los guaraníes.

Estudiando los materiales procedentes de cada una de esta serie de yacimientos pueden extraerse ciertas conclusiones muy sugestivas. A medida que bajamos por la costa del Paraná la proporción de cerámica decorada, no pintada, aumenta hasta convertirse en la decoración predominante, mientras que las representaciones plásticas disminuyen hasta desaparecer. Aparece cerámica incisa, cerámica incisa y pintada, y cerámica pintada en rojo, que no es guaraní, lo que no significa que no aparezca también cerámica de este origen (Lothrop, 1932, Arroyo Malo). Específicamente, en el Nordeste de la provincia de Buenos Aires, Cigliano ha distinguido tres fases de cerámica: litoral bonaerense primitiva, litoral bonaerense clásica y litoral bonaerense tardía, correspondiendo esta última a guaraní y afines, presentándose en muchos casos la clásica y la tardía asociadas. Esta asociación puede valer para buena parte de los yacimientos sobre el Paraná y aun de alguno ubicado en pleno Delta.

El material lítico en estos yacimientos permite indudablemente su vinculación con las culturas epiprotolíticas de la pampa, mayor a medida que avanzamos hacia el sur, donde se ve claramente una paraneolitización mucho más intensa que la que fuera comprobada en el interior de la provincia de Buenos Aires. En el yacimiento de Carcarañá (Lorandi y González, 1959) se reconoce una industria semejante a la que Menghin denominara Claromequense, de ascendencia epiprotolítica, aparentemente en la tradición técnica de hachas de mano, con las salvedades que hicimos más arriba.

El material de hueso aumenta a medida que avanzamos hacia el sur y su ejemplo típico como asociación vale en los hallazgos de Lothrop en el Delta y en los de Cigliano en Berisso.

3.2. El horizonte guaraní se ve plenamente confirmado en términos arqueológicos, en Arroyo Malo, con su tipo cerámico característico: el guaraní policromo, asociado con el corrugado, el dígito unguicular y el rojo; también en los sondeos de Cigliano ya mencionados aparecen fragmentos guaraní.

En los yacimientos del Delta propiamente dicho, la cerámica sigue siendo el elemento diagnóstico clave. Aparece cerámica lisa, incisa, grabada, grabada y pintada y pintada a zonas en color rojo. Con cierta frecuencia aparecen representaciones plásticas de tipo Malabrigo, pero son más frecuentes las recortadas que las modeladas. Algunos de estos tipos aparecen asociados con Guaraní Policromo, pues hay asentamientos típicamente guaraníes. El instrumental lítico es muy escaso y no muy definitorio. Existe la posibilidad de que algunos de los asentamientos del Delta puedan ser relativamente antiguos. Con seguridad, gran parte del instrumental de madera no ha llegado a nosotros, salvo alguna pala (Serrano, 1950, pág. 52) y restos de canoas, sin que falte alguna completa que llegó a ser reutilizada por los españoles.

El estudio analítico de los materiales de las tierras bajas de Entre Ríos permite algún otro tipo de sugestivas correlaciones. La cerámica es principalmente incisa, grabada, grabada y pintada, lisa y con alguna frecuencia del

tipo ribereño plástico, en especial, las siluetas recortadas. Hay cerámica guaraní policroma y también de los otros tipos que suelen aparecer asociados con ella en el Delta. El material lítico es por demás sugestivo: piedras con hoyuelos, pilones grandes de sección circular, mazas circulares pulidas, hachas cuadrangulares con doble surco, etc., que nos orientan hacia la cultura de los sambaquis del sur del Brasil, contándose también con la presencia de algún antropolito. El restante material lítico no guarda proporción con el que aparece en la costa opuesta.

Cronológicamente, la profundidad de este complicado sistema de yuxtaposiciones y desplazamientos culturales que se desprenden de los materiales arqueológicos conocidos resultan muy difíciles de interpretar por falta de fechas precisas, panorama que se ha complicado con la fecha radiocarbónica de Palo Blanco (Cigliano, 1965) que, aunque única y discutida, abre nuevas posibilidades. Por otra parte, este complejo mosaico reproduce, en igual o mayor escala, el proceso no clarificado tampoco, del desarrollo cultural en la vecina República del Uruguay. El ensayo gráfico de Muñoa (1965) constituye un intento bastante feliz de interpretación que puede extenderse "cum grano salis" a nuestro país.

4.1. La segunda gran subregión claramente individualizada del Nordeste está perfectamente identificada por su propia designación: Chaco. Sus límites están dados por el meridiano de 63°, el río Salado, el río Pilcomayo y los ríos Paraguay y Paraná. Las condiciones ambientales, ecológicas y fisiográficas hacen de esta región, que compartimos con Paraguay y Bolivia, un centro de atracción desde hace mucho tiempo para estudios históricos, biológicos, geográficos y etnográficos pero no podemos decir lo mismo desde el punto de vista arqueológico, por cuanto la información existente es harto reducida y no muy aprovechable, si exceptuamos la que corresponde a la zona de la provincia de Santiago del Estero que se abre en abanico con centro en Añatuya, y por razones culturales debe adscribirse a las culturas propias de la Mesopotamia santiagueña que tradicionalmente corresponden al noroeste.

Como subdivisión, no hacemos más que tomar la división clásica ya del Gran Chaco-Gualamba, en lo que a nuestro país se refiere: el Chaco central, que abarca la provincia de Formosa, y el Chaco austral, que comprende la provincia del Chaco y las porciones de Santiago del Estero y Santa Fe que quedan al norte del río Salado. No estimamos necesario extendernos ni en la fundamentación ni en la caracterización ambiental, por cuanto los estudios al respecto son numerosos. Una obra reciente, de Guido Miranda (1961) titulada "El Paisaje Chaqueño" puede servir perfectamente como repositorio de información. A los efectos de valorar los pocos hallazgos arqueológicos conocidos conviene tener muy en cuenta las transformaciones ocasionadas en las condiciones ambientales por la acción del hombre, especialmente la irracional explotación de los bosques. Hecha esta salvedad, pasamos a tratar cada subdivisión en particular según nuestro enfoque inicial.

4.2. *Chaco Central*. Los escasos datos arqueológicos que hemos tenido a nuestro alcance se refieren, uno al interior de la provincia de Formosa (Márquez Miranda, 1942; 1954, pág. 122-124; Tapia, 1935); y otros, a la ribera del Paraná y al cercano Chaco paraguayo (Vera, 1930; Schmidt, 1932, 1940). Complementariamente usamos también otro tipo de sugerencias puntualiza-

das para todo el este de América del Sur, muy atinadas a nuestro parecer, que llevan la firma de Howard (1947) y la fundamental comunicación de Menghin (1962) ya utilizada para determinar el horizonte guaraní en el litoral mesopotámico.

El hallazgo de Tapia en Las Lomitas, publicado luego por Márquez Miranda, constituye, por el momento, la información más concreta sobre el interior de la provincia. La interpretación de Tapia en su trabajo original fue criticada por Márquez Miranda que, según la corriente de pensamiento predominante en esos tiempos, prefirió interpretarla a la luz de la información etnohistórica. Sin entrar en una reinterpretación geológica del corte de Tapia, que de todos modos implica una cierta antigüedad que no tienen las etnias históricas en la zona y menos las del grupo guaraní, y teniendo en cuenta las características tipológicas de los fragmentos ilustrados por Márquez Miranda, no tenemos duda en estimarlas como no guaraníes. Hay decoración incisa, decoración corrugada o imbricada, decoración unguicular y tiestos sin decoración, sin contar uno con "impresiones de cordelería" (sic) y la posibilidad de que alguno de ellos haya tenido impresiones de red. Cabe recordar aquí el reparo que hicimos antes respecto de la alfarería corrugada (Cf. Menghin, 1962, pág. 58). Estaríamos en presencia de un testimonio más de poblamiento preguaraní, un poco a la manera de los de la faja central del litoral mesopotámico, antes de la llegada de los portadores de la alfarería plástica de Malabrigo.

La existencia del horizonte guaraní aparece suficientemente demostrada por los trabajos de Vera, Schmidt y otros en la costa del Paraguay, y ordenada claramente por Menghin (1962).

Y aquí es el momento de hacer referencia a una sugestión de Howard (1947) (pág. 76-82) respecto de los restos cerámicos de Arroyo Malo que, más atrás, hemos considerado como prueba del horizonte guaraní en la faja meridional del litoral mesopotámico. Sobre la integración de un estilo Arroyo Malo (impreso, rojo, pintado) y un estilo El Cerrillo (inciso en varios tipos), dice que no hay duda que el estilo Arroyo Malo representa una intrusión de origen septentrional en la zona de difusión del estilo El Cerrillo. Y Arroyo Malo, como estilo cerámico, es muy común, "típico", de los yacimientos de la confluencia del Paraná y el Paraguay, asociado con entierro en urnas, típicamente guaraníes.

Pero ocurre que en otros sitios, como el sudeste del Brasil, falta el Arroyo Malo pintado y las urnas, pero están presentes el Arroyo Malo impreso y el Arroyo Malo rojo (Howard, 1947, pág. 80) que Serrano atribuye a los Tapuya (Serrano, 1937, pág. 35). De todo lo cual saca como conclusión que el "Complejo Arroyo Malo pintado" representa un desarrollo tardío del estilo Arroyo Malo impreso y rojo bajo influencia amazónica. Esto, a su vez, afirma la mayor antigüedad y pureza del horizonte guaraní en el extremo norte del nordeste argentino, da al contexto Arroyo Malo el carácter de un contexto guaraní local y también sirve para que podamos interpretar el yacimiento de El Cerrillo como un ejemplo de contexto paraneolítico en la faja meridional del litoral mesopotámico. La esporádica presencia de tiestos Arroyo Malo pintado en el Paraná medio podría explicarse porque en esa zona existía la "tradición cultural tupí guaraní generalizada", como la llamamos más arriba.

Los complejos Arroyo Malo rojo y corrugado son anteriores y de más

amplia dispersión, seguramente preguaraníes, como ya se ha consignado con anterioridad (Cf. Meggers y Evans, 1957). Aquí decimos "preguaraní" para ser más claros todavía que páginas atrás cuando tratamos la cuestión "guaraní".

4.3. *Chaco Austral*: Prácticamente sólo se conocen unos pocos hallazgos publicados cuyo diagnóstico no puede tomarse en cuenta ni siquiera como aproximados. Unos de ellos corresponde a las vecindades de la localidad chaqueña de Basail, según fuera dado a conocer por Biró de Stern (1944) que ilustró y comentó fragmentos de alfarería allí recogidos. El otro se refiere a la posible existencia de un sambaquí —así lo indica el título interrogante— en Puerto Barranqueras, en el lote 163, según consigna un informe de López Piacentini (1965). Cabe citar también un breve informe de Miranda Borelli (1968).

Del hallazgo de Basail no resulta muy aventurado deducir que se trata de un sitio de ocupación si no permanente, seguramente temporario; que la cerámica decorada no es guaraní y nada seguro acerca de su cronología. Sin mayor violencia puede considerarse a esta cerámica como igual a los restos paraneolíticos de la costa del Paraná antes de la llegada de los ribereños plásticos a Malabrigo (Biró de Stern, 1944, pág. 158-160). En cuanto al hallazgo de Puerto Barranqueras sólo puede decirse que es un hallazgo que llama la atención, porque de lo publicado nada más puede extraerse. Aparentemente es un yacimiento que fue sitio de habitación y de inhumación. Si la observación es válida y realmente significa lo que en el texto dice, entonces sí podríamos empezar a poner atención. Afirma que debajo de la capa vegetal, a partir de los 0.20 m, recién aparece la capa cultural, con valvas, espinas y cerámica y también los restos humanos. Pero desgraciadamente no hay ilustraciones de ninguna índole ni tampoco la menor referencia a la técnica de excavación, que permita valorar los restos de cerámica incisa y pintada que aparecieron. Prácticamente no hay nada que pueda aprovecharse con cierto fundamento.

Palabra aparte merecen los yacimientos de la provincia de Santiago del Estero ubicados en el extremo suroccidental del Chaco austral. Todos ellos se engloban culturalmente en lo que se ha dado en llamar la cultura Chaco-Santiagoña y forman parte de lo que Bennett (pág. 121, fig. 21) llamara Northern Salado Area, estrechamente vinculados a su vez con la porción occidental del noroeste.

Sin embargo, la vinculación de la cultura Chaco-Santiagoña con la Mesopotamia ha sido ya planteada con diversos argumentos (Howard y Willey, 1948, pág. 24; González, 1955, pág. 12 y 29). Sólo reforzaremos esas afirmaciones acudiendo a las llamadas alfarerías gruesas, a algunas urnas con apéndice y a la cerámica unguiculada que evidentemente reconocen un parentesco muy cercano (von Hauenschild, 1949; 1951). Ya Palavecino (1948, pág. 48, fig. 18 y pág. 52) había discurrido con anterioridad sobre estas vinculaciones pero sin aportar nada claro pues en el mapa (fig. 48) hace llegar desde el noroeste las alfarerías gruesas y en el texto (pág. 52) dice lo contrario, lo que no haría más que comprobar la estrecha vinculación entre ambos lugares.

Por último, dada la índole convencional de la demarcación de nuestro nordeste, entra en él la porción oriental de la provincia de Córdoba que se extiende hasta el paralelo de 34°, dentro de la cual se ubican dos yacimientos hace ya varias décadas: la laguna de Mar Chiquita (Frenguelli y Aparicio, 1932) y la laguna de Los Porongos (Aparicio, 1922-1925).

Los hallazgos de Mar Chiquita fueron publicados con cierto detalle y pese

a lo que opina uno de sus autores (pág. 133) cabe la duda acerca de la posibilidad de que hayan sido más antiguos (pág. 26). La cerámica lisa, la cerámica incisa, y otra con impresiones de cestería, asociadas con algunas lascas de cuarcita, da la impresión de que nos encontramos otra vez con un paraneolítico con cerámica incisa como el que se da en Mesopotamia. Además, aparecen fogones o tinajas como las de Malabrigo y las del río Uruguay que tratamos más arriba. Los hallazgos de la laguna de Los Porongos, como era de esperarse, están directamente vinculados con los anteriores.

5. Sobre la base de las escasas informaciones concretas hasta aquí consideradas el desarrollo cultural en el Nordeste Argentino dista mucho de poder ser presentado armónicamente o con cierta claridad. Las razones saltan a la vista, una vez que la documentación existente es sometida a valoración crítica objetiva. No son muchas las obras rescatables, con las que se pueda ensayar una interpretación de carácter general. Las condiciones de hallazgo de gran número de materiales que podrían ser utilizados como punto de apoyo para intentarlo, no resisten la crítica imprescindible. La metodología y las técnicas de excavación empleadas para la recolección de materiales que luego se han convertido en los centros de interés para la especulación (Malabrigo, Túmulos del Paraná Guazú, Cementerios Guaraníes del Alto Paraná, etc.), distan mucho de cumplir los requisitos mínimos exigidos para su valoración exacta. La tendencia a interpretar la arqueología del área entera a la luz de las fuentes históricas del siglo XVI y siguientes, tuvo efectos negativos, restando profundidad temporal y trasladando al campo arqueológico el confuso panorama racial, lingüístico y cultural en ellas reflejado, por improvisación y falta de oficio. Esto último también puede comprobarse en el campo específicamente arqueológico, cuando se toma uno el trabajo de examinar la frondosa literatura del Nordeste Argentino. En los últimos tiempos, más específicamente, después de los aportes de Menghin al conocimiento de la prehistoria de la Mesopotamia Septentrional, parece haberse abierto una nueva vía, hacia la que se han volcado varios autores, como podría suponerse no todos igualmente pertrechados y bien informados (Laguzzi, Cordeu, Schimmel, Madrazo, Rizzo, etc.).

Lejos de nosotros el restar méritos —sería un absurdo y una desconsideración— a la contribución de Menghin a la prehistoria americana y argentina pero, justo es decirlo, en el caso del Nordeste no es la suya la última palabra. Ni creemos que el propio Menghin lo haya pensado así. Abrió caminos, señaló rumbos y sugirió ideas de valor incalculable, a partir de su Altoparanaense y del Eldoradense. Pero es indiscutible que ambas unidades culturales así denominadas, deben precisarse. Tanto en cronología como en contenido y significación. Si no, elaborar edificios especulativos al respecto, sin acumular más elementos de juicio y sin precisar exactamente el valor real de cada rasgo, contribuirá a complicar el panorama.

Urge la diagnosis técnica precisa de la cerámica excavada en Eldorado, así como su descripción menuda, acompañada por buenas ilustraciones. Conviene ejercitar la prudencia cuando se trata de material de superficie, y no muy abundante, antes de plantear cronologías o sentar la existencia de entidades culturales basadas en afinidades tipológicas, o de adjudicar restos materiales a determinada etnia porque una fuente histórica de los siglos XVI o XVII la ubica en determinado lugar. Se imponen, pues, medida y crítica. Porque sin

querer, a fuerza de proseguir en esa senda, estamos yéndonos al otro extremo y hablando de un poblamiento antiquísimo sobre bases muy endebles.

Frente a esta situación concreta, producto de una crítica objetiva, fue que programamos la investigación que mencionamos en este trabajo, en la que estamos empeñados hace ya cuatro años. Su punto de partida fue una interpretación histórica y cultural del poblamiento prehistórico del Nordeste, que nos planteamos a manera de hipótesis de trabajo, previa a la iniciación de la tarea. Esa hipótesis de trabajo a demostrar concibe el desarrollo cultural del Nordeste Argentino, del siguiente modo:

1. UNA TRADICIÓN DE CAZADORES Y RECOLECTORES (epiprotolíticos, apud Menghin) anterior quizá al milenio V AC con dos manifestaciones, una septentrional y una meridional. La septentrional, ejemplificada por el material correspondiente al Altoaranaense y afines, podría emparentarse con el Cuareimense y el Catalanense. La meridional, estaría representada por aquellos artefactos que entroncan técnicamente con la tradición Tandilense. De contar con afirmaciones cronológicas precisas, podría argüirse que los artefactos de Carcarañá ejemplificarían el encuentro de ambas tradiciones, aunque Carcarañá apunta más hacia el Noroeste (Ampajango II: Yavi, y bifaces de Córdoba).

Estos cazadores y recolectores, alrededor del 2500 AC, se adaptan a las nuevas condiciones ambientales, se localizan en las orillas de ríos y lagunas, agregan la pesca a su subsistencia, eligiendo como lugar de asentamiento los albardones o elevaciones naturales ya existentes o, cuando las hubo, alguna gruta, como pudo haber ocurrido en Misiones (3 de Mayo).

Con posterioridad, la neolitización, de origen septentrional, afecta el nuevo género de vida. Los cazadores, recolectores y pescadores incorporan a su patrimonio preexistente la cerámica, la piedra pulida y, no sabemos hasta qué punto, la agricultura. La que hemos llamado manifestación septentrional, fuertemente neolitizada, adquirirá una nueva configuración pudiendo integrarse en lo que denominamos *Tradición Tupí Guaraní Generalizada*. La manifestación meridional se confinará en la llanura y sus habitantes serán predominantemente cazadores, que incorporan la cerámica a su haber patrimonial, y se instalarán temporariamente en las orillas de los ríos; los yacimientos del nordeste de la cuña pampásica que penetra el Nordeste, o los del "área de vinculaciones patagónicas" (Serrano) ejemplifican esta modalidad cultural. Sus portadores fueron los antecesores de las etnias históricas conocidas en la zona.

2. UNA TRADICIÓN NEOLÍTICA, que se ejemplifica con lo que Menghin llamó Eldoradense. Con todo lo que sugieren estos hallazgos y sus posibilidades, no podemos ir más allá de contabilizar la cerámica, con las salvedades que hicimos, una industria lítica particular, la presunta agricultura y la construcción de túmulos (?).

Sin mayor violencia puede admitirse que esta corriente fue la que transformó a la tradición preexistente originando su neolitización (sería, apud Menghin, un paraneolítico) y produciendo lo que llamaremos una *Tradición Tupí Guaraní Generalizada*.

La modalidad que se ha dado en llamar "ribereños plásticos" podría explicarse como resultado de una nueva corriente neolitizante (¿paleomazónica?) que se localizó en la Mesopotamia Septentrional y Central, con amplia difusión hacia el sur y el sudeste, que implantó en la zona un complejo cultural

paleomazonico que se desarrolló paralelamente a la Tradición Tupí Guaraní Generalizada.

3. UNA TRADICIÓN TUPÍ GUARANÍ GENERALIZADA. Con anterioridad ya dijimos por qué la llamamos así. Simplemente para entendernos. Se trata de una configuración cultural que incluye un patrón definido de subsistencia basado en una agricultura primaria, caza, pesca y recolección; una tecnología que incluye cerámica corrugada, pintada, lisa, brochada y unguiculada, piedra pulida (celts), hueso y madera; y una adaptación a la floresta tropical y subtropical, que incluye la navegación. Quizá convendría denominarla de manera más comprehensiva y llamarla *Tradición Cultural de la Floresta Sudamericana*. La difusión de pueblos portadores de esta Tradición a partir del Chaco paraguayo hacia el este y hacia el sur, originó una nueva configuración que es la que llamamos Patrón Tupí Guaraní o Cultura Guaraní, integrada sobre bases históricas y arqueológicas. La rápida expansión de esta Cultura Guaraní en el Nordeste Argentino constituye el *Horizonte Guaraní*, más fuerte en el norte que en el sur, en el que no faltan especializaciones locales como el caso citado de Arroyo Malo.

El Patrón Tupí Guaraní cubrirá durante los siglos XII al XVI la zona alejada a los grandes ríos, perdurando hasta la llegada de los españoles. Los pocos sitios arqueológicos de cultura guaraní repartidos en nuestro país, representan una rápida expansión prehistórica del precitado Patrón Tupí Guaraní (*Horizonte Guaraní*) como expresamos precedentemente.

Para terminar con el planteo de esta hipótesis debemos precisar que está concebida principalmente para la Mesopotamia y su área de influencia. Nos faltan elementos de juicio para Chaco, pero los pocos disponibles parecerían confirmar un proceso semejante. En cuanto a las tierras llanas, al sur del río Salado del Norte, no resulta arriesgado vincularlas con la franja oriental del noroeste, como ya hemos insinuado más arriba. Tanto con las modalidades culturales del Chaco Santiagueño, como con las de las Sierras Centrales. Y esto es válido también para encarar futuros trabajos en el Chaco Occidental. Las vías de agua han sido la ruta obligatoria de comunicación. No sólo de norte a sur, sino también en sentido opuesto.

6.1. Con este panorama, bastante reducido y con mucho de especulativo, iniciamos nuestro plan de trabajo organizado, que ya había sido precedido por una serie de prospecciones en el Delta y los Bajíos Ribereños, que cubrieron las tierras bajas de Entre Ríos hasta la cuenca del Nancay, límite del área meridional de la Mesopotamia. Nos detuvimos con particular atención en las islas del Ibicuy, excavando un yacimiento tipo ubicado casi en la confluencia del arroyo Martínez con el Sagastume Grande. Este yacimiento ha sido estudiado por el Licenciado Osvaldo C. Chiri (1967) y responde al nombre de "El Aserradero". Se trata de un yacimiento ubicado en un albardón ("cerrillo" según la denominación regional), ubicado en el departamento de Gualguaychú, Distrito Ceibas, Sección 7ª, Islas del Ibicuy, provincia de Entre Ríos, a 33° 37' de latitud sur y 58° 38' de longitud oeste de Greenwich. Los restos y desechos arrojados por los sucesivos pobladores contribuyeron a aumentar la elevación. Intercaladas en el humus hay dos gruesas y compactas capas integradas por desechos de comida y en las que predominan los restos de moluscos: "cucharas de agua" (*Diplodon paranensis* (Lea)), "botes" (*Diplodon parallelipipedon* Lea) y algunos caracoles de agua dulce (*Ampullaria*). Abundan los

restos de pescado, de mamíferos, sobre todo pequeños, y en menor cantidad, restos de aves. Se recogió enorme cantidad de ticsos de cerámica lisa y con decoración incisa, esta última en menor proporción; algunas lascas de calcedonia y otras de ópalo de Corrientes, así como un fragmento de piedra pulida. Escaso material de hueso completa el cuadro. Importa mucho el hallazgo de restos humanos en muy buen estado de conservación, cuyo diagnóstico racial los ubica en el grupo pámpido (Fortich Baca, 1968).

En mayo de 1968 iniciamos una serie de trabajos semanales en los "Cerrillos del Pilar" con alumnos del Seminario de Arqueología, trabajo que culminó con la monografía correspondiente, que resume y critica toda la documentación existente y plantea las posibilidades y situación actual del yacimiento (Bengolea, Itzigsohn, Pataro, Proasi, 1969). Otro tanto cumplimos simultáneamente en el yacimiento de arroyo Sarandí, ya excavado por Lothrop en el primer tercio de este siglo, quien llevó a Estados Unidos buena parte de los materiales (Albornoz, Bonnarens, Mordo, Piana, 1969). La localización y excavación del "Túmulo de Campana", cuyos materiales originales se han perdido, permitió reconocer los distintos restos cerámicos allí dejados por la excavación incontrolada de Zeballos y Pico (Moreno, Niemand, Sarmenti, 1969). Pero quizás la mayor novedad consista en que se trataba no de un túmulo sino de un albardón, en cuyo extremo septentrional, ocupado hoy por un puesto de la plantación Tajiber, hemos reconocido y excavado otro sitio arqueológico, que complementa adecuadamente la información conocida. También se hicieron sondeos en la costa del río Luján y perfiles estratigráficos en la barranca del arroyo de Frías (Mercedes, Buenos Aires).

Durante el mes de noviembre de 1968 excavamos un nuevo yacimiento en las islas del Ibicuy. Se trata de un yacimiento ubicado exactamente en el lugar donde se encuentra el embarcadero de hacienda del establecimiento "Las Animas", de la razón Staudt y Cía. Situado apenas a algunos kilómetros del yacimiento "El Aserradero", el material recogido plantea nuevos interrogantes. Por un lado, la cerámica sin decorar alcanza a un porcentaje superior al 99%. Por otro, los restos humanos recuperados (un esqueleto, con cráneo, en posición articular pero sin piernas) insinúan un mestizaje láguido-pámpido, además de gran número de sugerencias en cuanto a las prácticas funerarias. Además, entre el escaso material lítico figura una piedra con hoyuelos.

Siempre dentro del Delta y Bajíos Ribereños, luego de recorrer la cuenca del Ñancay y el departamento de Ceibas, excavamos en este último, en la estancia "Las Rosas" de Manuel Berisso, en el lugar denominado "El Estero", una serie de elevaciones naturales, producto de la acumulación eólica en su mayor parte, y también fluvial, sobre antiguos médanos. En la excavación se llegó hasta una profundidad de 2.60 m en que se alcanzó la capa estéril, lo que revela prolongada ocupación. Los restos cerámicos son abundantísimos, hay cerámica incisa, con surcado rítmico, cocida en atmósfera reductora y oxidante; aparecieron piedras con hoyuelos, bolas y muchas lascas de ópalo de Corrientes; puntas de hueso y asta del tipo general, así como una pieza notable: un gran puñal elaborado en hueso. Estas tareas fueron cumplidas en enero y febrero de 1969. Para completar el panorama, en marzo del año siguiente (1970), llevamos a cabo un reconocimiento menudo desde Victoria hasta Gualaguay y Gualaguaychú, para el cual contamos con el valiosísimo apoyo de la Prefectura Naval Argentina. Visitamos Puerto Landa y Puerto Basilio y navegamos el arro-

yo Ñancav y el arroyo Las Animas. Hicimos sondeos estratigráficos en una de las islas situadas frente a Victoria, en la margen izquierda del Paraná Pavón y en el arroyo Las Animas. En la precitada isla nos fue dado comprobar la asociación de alfarerías gruesas con inhumaciones secundarias en que se empleó ocre rojo; en arroyo Las Animas comprobamos la existencia de un asentamiento de pequeña extensión que responde, en general, a las pautas de "El Ase-
rradero".

A comienzos del corriente año, una excavación realizada en proximidades de la costa del río Luján, en el establecimiento Anahí, de propiedad del señor Coronel José N. Giordano, quien facilitó en toda forma nuestro trabajo, permitió recuperar un esqueleto humano en buenas condiciones, juntamente con notable cantidad de restos de cerámica decorada, sobre todo incisa y con surcado rítmico, material lítico (especialmente fragmentos de ópalo de Corrientes), cuentas de adorno en valva de molusco, material de hueso y asta, y lo más interesante, un fragmento lítico muy similar al encontrado por Lothrop en Arroyo Sarandí y que muy probablemente corresponde a una orejera ("pulley stone"), así como un fragmento cerámico circular con perforación central, igual al descrito por Lothrop procedente del yacimiento precitado.

6.2. En el área que hemos llamado Mesopotamia Central, el centro de interés fue la región adyacente al río Paraná, ya que una de las mayores incógnitas eran los ribereños plásticos. Los materiales encontrados por el señor Armando Romero, uno de nuestros corresponsales en la localidad de Florencia, nos permitieron detectar un yacimiento en las barrancas del río Paranacito (o Paraná Miní), a unos 10 km al este de la localidad arriba citada, y a unos 3 km del "Puente Brillante", en la antigua línea férrea al Puerto Piracúa, de la Compañía Forestal, en campos del señor Florencio Graf, gracias a cuya importante colaboración pudimos instalarnos en el lugar.

Hemos trabajado este yacimiento en abril y mayo de 1969, en agosto de 1970 y en noviembre de 1970, y esta vez con el grueso de los alumnos del curso de "Técnica de la Investigación" (Arqueológica) de ese cuatrimestre, que fuera dictado por el profesor Osvaldo C. Chiri y el autor de estas páginas. Y continuaremos en futuras temporadas, hasta cubrir todo el sitio I y agotar el sitio II.

Se trata de un lugar de asentamiento, con inhumaciones, en la barranca del río Paranacito. Los restos de comida incluyen moluscos (Diplodon y Ampullaria los más comunes) de varias clases, restos abundantes de mamíferos, roedores y aves, a los que se suman pocos restos de pescado que permiten suponer que su consumo era escaso, sino ocasional, lo que no deja de llamar la atención puesto que el río abunda en peces y presumiblemente eran más abundantes en la época del asentamiento que trabajamos. Los hallazgos comprenden abundante cerámica, de tipos variados, entre los que sobresalen las manifestaciones plásticas, no sólo psitácidos sino también batracios, reptiles y mamíferos como también un pendiente muy similar al encontrado por Lothrop en Arroyo Sarandí; abundantes puntas de hueso de diversos tipos como también arpones elaborados con extremos de astas de ciervo y cuentas perforadas, de forma circular, hechas de valva de molusco, así como un hallazgo excepcional, un pescado (?) tallado también en valva de molusco. Pero quizá el más significativo de los hallazgos esté marcado por la presencia de inhumaciones de adultos, primarias, en posición ventral extendida, boca abajo, asociadas indisolu-

Barranca del Paranacito

blemente con las cabezas de loro, el instrumental de hueso y valva y distintos tipos de cerámica, incisa y pintada, que junto con los restos de comida permite integrar un contexto cabal, unido a los esqueletos de sus portadores, para esa entidad fantasma que llamamos "Ribereños plásticos". Tampoco faltan esqueletos de niños en inhumación primaria, vecinos a los esqueletos de adultos. El panorama se aclara lentamente y la continuación de las excavaciones permitirá obtener la información segura de todo lo que rodeó a las manifestaciones plásticas que tanto dieron que hablar hasta el presente. Sin duda, este yacimiento pasa a ser el yacimiento tipo para esta modalidad cultural. En la temporada inicial de trabajo del año en curso (1971), continuamos la prospección a ambos lados del Paraná, a la altura de Florencia. Hacia el oeste, identificando una serie de yacimientos a lo largo del río Tapenagá, hasta los bañados del mismo nombre. Por el este, la costa del arroyo Chará y "cerro" homónimo. Por el sur, las barrancas de la laguna Cristal, al sudeste de la localidad de Calchaquí. En las dos últimas, la recolección de superficie y los sondeos expeditivos permitieron reconocer presencia de representaciones plásticas semejantes a las de Florencia y Malabrigo.

La exploración y reconocimiento de la zona vecina al río Uruguay, cumplida en mayo de 1970, que nos llevó desde Colón hasta Salto Grande, Concepción y Federación, nos permitió comprobar, in situ, la labor de vandalismo y depredación continuada que realizan aficionados y se-dicentes arqueólogos que destruyen a mansalva documentos irremplazables. No insistiremos sobre el tema ni daremos nombres. Todos los conocemos. Sólo formularé una pregunta a los profesionales de la especialidad: ¿Puede llamarse arqueólogo y ser considerado y tratado como tal, en congresos y reuniones, un aficionado, sin preparación técnica aunque con buena voluntad, por el hecho de haber asistido a un curso que dio el profesor Fulano, o por dictar materias afines a nivel secundario en la mayor orfandad bibliográfica y de información técnica especializada? Entiendo que no. Sin embargo, en cada profesional con inquietudes (médico, dentista, ingeniero, etc.) se esconde un futuro gangster de nuestra ciencia, cuya actividad no podemos tolerar en aras de la libertad de investigación. El hecho de asistir a un curso de divulgación, aunque sea de alto nivel, no da patente de corso ni equivale a una formación universitaria que cuesta largos años. No nos engañemos ni los engañemos. El mal será mayor. Estamos viéndolo. Lo hemos visto. Y lo hemos padecido. En los médanos de Colón, dejamos marcado un sitio, que fotografiamos, para continuar hacia el norte y efectuar la recolección por la tarde. A nuestro regreso, un señor coleccionista, de una ciudad vecina, se había llevado todos los materiales. Eso no es ya gangsterismo. Es piratería.

6.3. En el Chaco austral, hemos cumplido tres campañas de exploración y prospección y dos de excavaciones. La primera la llevamos a cabo en marzo de 1968, a partir de Resistencia hasta Formosa, por la región adyacente al río Paraná, ubicando una serie de yacimientos, algunos de los cuales visitamos menudamente en la segunda campaña realizada en abril y mayo del mismo año, durante cuyo transcurso hicimos sondeos estratigráficos en Arroyo Timbó (Puerto Bermejo) y Laguna Blanca, además de recorrer y prospectar la zona de Selvas del Río de Oro, Pampa del Indio y Pampa Almirón.

Específicamente excavamos dos temporadas en el yacimiento Las Ruinas, en Pampa Tolosa, al sudoeste de Colonia J. J. Castelli (Chaco). Se trata de un

yacimiento que hemos calificado como para-hispánico, cuyo estudio promete resultados significativos a medida que avanza la excavación programada. Ya en otra oportunidad (Lafon, 1968) dimos algún adelanto. La prosecución de la tarea permitió ampliar la sugerencia. Comprobamos la existencia de fogones, restos de postes quemados y abundantes tiestos, muchos de los cuales recuerdan tipos cerámicos de la llanura Chaco-santiagueña. Una recorrida por el espeso monte que rodea estas ruinas, permitió comprobar la existencia de otros terraplenes y montículos, como así también el descubrir, a flor de tierra, restos de grandes cántaros utilizados como reservorio de agua.

Como adelanto de los primeros resultados de la vigencia de esta investigación, hemos ilustrado este trabajo con algunas notas de las excavaciones y algunos de los materiales más significativos encontrados hasta el momento, que están siendo estudiados en la actualidad.

8. Hemos resistido la tentación de terminar esta Introducción a la Arqueología del Nordeste Argentino con un cuadro cronológico que objetivara la periodización de su desarrollo cultural. Las razones son obvias: no poseemos elementos de juicio reales para hacerlos por el momento. De otro modo sería pura especulación. Por otra parte, a lo largo del texto hemos hecho las apreciaciones cronológicas lícitas, tanto como lo permite la información disponible. La tentativa de Serrano (1970) justifica plenamente nuestra posición.

Hemos resistido también la tentación de elaborar esquemas a priori demasiado específicos para evitar el peligro de encasillarnos y falsear la realidad. Cuando decidimos plantearnos una hipótesis de trabajo, como la que expusimos más arriba, lo hicimos de modo lo suficientemente generalizado y elástico como para permitir la incorporación de cualquier nuevo elemento de juicio realmente significativo. La información disponible no da para más. Por otra parte, no pensamos tampoco ser los poseedores de la "receta mágica" para encarar el estudio de la arqueología del nordeste argentino que tanto necesitamos. Demasiado extensa es el área como para no recibir cualquier elemento de juicio serio. Tan grande como la urgencia de acumular nueva información para salir adelante.

La situación que acabamos de recordar ha originado en los últimos tiempos una proliferación de interesados en estudiar el Nordeste, muy preocupados por asegurarse en propiedad una parcela de este enorme territorio que en poco tiempo, va a convertirse en un gran centro de actividad antropológica, como no podía ser de otro modo, dada su trascendencia. No llama la atención, tampoco, que este interés abarque otros campos como la etnología, la antropología social, el folklore, etc. Esto es lo que nos mueve a recordar que ya es pasado el tiempo de los pioneros, de los conquistadores, de los improvisadores y de la propiedad privada. Las conquistas de la ciencia son propiedad común de los científicos. No importa la persona. No importa el grupo. No importa la escuela. Lo que importa es el avance del conocimiento. Y el conocimiento supone estudios regulares, metodología precisa, metas concretas. No basta la buena voluntad. La libertad de investigación es para los que investigan seriamente.

Bienvenidos los interesados en el problema. Bienvenidos los que aspiran a colaborar en la solución de las incógnitas que se nos plantean. Bienvenidos los que quieren aportar algo para la solución. Pero a no confundir: cada uno en su dimensión cabal. *Initium sapientiae, humilitas*. Humildad es la valoración de nuestro propio valer. Y nuestro propio valer reside en la autocrítica. Con esta

divisa, el autor y sus colegas y colaboradores se han entregado a perseguir la meta propuesta, que se sumará a los esfuerzos que están cumpliendo otros investigadores de nivel universitario.

Para terminar, vayan nuestras más sinceras expresiones de agradecimiento a la Prefectura Naval Argentina que en forma tan espontánea como valiosa apoyó decididamente nuestras investigaciones en distintas zonas del Nordeste y a la Fuerza Aérea Argentina, que propició y llevó a cabo un vuelo sobre diversas yacimientos arqueológicos del Nordeste, transportando profesores y alumnos y cumpliendo así, por primera vez en el país, actividad de reconocimiento aéreo y fotografía aérea de yacimientos arqueológicos ejecutada simultáneamente por todo un curso de Técnica de la Investigación Arqueológica. De este modo las Fuerzas Armadas han contribuído al desarrollo de la investigación en curso, financiada por el Fondo Especial para la Investigación de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Buenos Aires, mayo de 1971.

BIBLIOGRAFÍA

Figuran en esta nómina los artículos citados en el texto. Una nómina bibliográfica más completa puede verse en Howard y Willey (1948), Márquez Miranda (1954) y Serrano (1950-1955).

AMBROSETTI, JUAN B. (1894): Los paraderos precolombianos de Goya. En: Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Vol. 14, pp. 242-265. Buenos Aires.

AMBROSETTI, JUAN B. (185): Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná. En: Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Vol. 14, Vol. 16, pp. 227-263.

APARICIO, FRANCISCO DE (1922-25): Investigaciones arqueológicas en la región serrana de Córdoba. En: GAEA, I, p. 119. Buenos Aires.

BIRO DE STERN, ANA (1944): Hallazgos de alfarería decorada en el territorio del Chaco. En: Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. Vol. IV, pp. 158-167, Buenos Aires.

BÓRMIDA, MARCELO (1964): Las industrias líticas precerámicas del Arroyo Catalán Chico y del río Cuareim (Departamento de Artigas, R. O. del Uruguay). En: Rivista de Scienze Preistoriche, Vol. XIX, Fasc. 1-4. Firenze.

CAMBAS, ANÍBAL (1940): Paraderos y enterratorios guaraní. En: Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Misiones, II, pp. 8-9. Posadas.

CICLIANO, EDUARDO M. (1963): Arqueología del noreste de la provincia de Buenos Aires. En: Anales de la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires, pág. 471-511. La Plata.

CICLIANO, EDUARDO M. (1965): Comunicación sobre una fecha radiocarbónica para un yacimiento del NE. de la provincia de Buenos Aires. En: Primera Convención Nacional de Antropología, 2ª Parte, Volumen mimeografiado. Sin paginación. Resistencia.

FRENGUELLI, JOAQUÍN y APARICIO, FRANCISCO DE (1923): Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo (Departamento de Reconquista. Provincia de Santa Fe). En: Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación, Vol. I, pp. 7-112. Paraná.

FRENGUELLI, JOAQUÍN y APARICIO, FRANCISCO DE (1932): Excursión a la laguna de Mar Chiquita (Prov. de Córdoba). En: Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico. Serie A, II, pp. 121-147, Buenos Aires.

FRENGUELLI, JOAQUÍN (1927): Sobre la posición estratigráfica y la edad de los basaltos del río Uruguay. En: GAEA, tomo II, Nº 3. Buenos Aires.

GONZÁLEZ, ALBERTO R. (1947): Investigaciones arqueológicas en las nacientes del Paraná Pavón. En: Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore (Universidad Nacional de Córdoba) Nº XVII, Córdoba.

GRESLEBIN, HÉCTOR (1932): La estructura de los túmulos indígenas prehispanicos del Departamento de Gualeguaychú (Pcia. de Entre Ríos). Montevideo.

- HAURY, EMIL (1956): An Archaeological Approach to the Study of Cultural Stability. En: *Memoir 11, Society for American Archaeology*, pages 31-57 (American Antiquity, Volume XXII, Number 2, Part 2, October 1956) Salt Lake City.
- HOWARD, GEORGE y WILLEY, GORDON (1948): *Lowland Argentine Archeology*. En: *Yale University Publications in Anthropology*, Nº 39, New Haven.
- HOWARD, GEORGE (1947): Prehistoric ceramic styles of lowland South America. Their distribution and history. En: *Yale University Publications in Anthropology*, Nº 37. New Haven.
- LAFÓN, CIRO RENÉ (1966): De la sistematización geográfica de la arqueología argentina. En: *Comunicación presentada al XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*. Mar del Plata.
- LAFÓN, CIRO RENÉ (1969): Areas de Investigación. En: *El catolicismo popular en la Argentina*. Nº 4. Antropológico, pp. 14-190. Buenos Aires.
- LAFÓN, CIRO RENÉ (1967): Desarrollo cultural en el Nordeste argentino. En: *Antiquitas*, Nº 5. Buenos Aires.
- LAFÓN, CIRO RENÉ (1968): Investigaciones arqueológicas en el Nordeste Argentino, La Prensa, 8 de diciembre.
- LAGUZZI, J. C. y CORDEU, E. (1966): Un yacimiento precerámico en la proximidad de San Pedro (Misiones). En: *Acta Praehistórica*, Vol. V-VI. Buenos Aires.
- LÓPEZ PIACENTINI, CARLOS (1965): "Un sambaquí chaqueño", En: *Primera Convención Nacional de Antropología (II Parte)*. Informe final. Resistencia, Chaco.
- LORANDI, A. M. y GONZÁLEZ, A. R. (1959): Restos arqueológicos hallados en las orillas del río Carcarañá, Provincia de Santa Fe. En: *Revista del Instituto de Antropología*, Tomo I, Rosario.
- LOTHROP, SAMUEL K. (1932): Indians of the Paraná Delta. En: *Annals of the New York Academy of Sciences*, Vol. 33, pp. 77-232. Nueva York.
- MADRAZO, G. y LAGUZZI, J. C. (1967): Notas para la prehistoria misionera. En: *Runa X*, pp. 371-382. Buenos Aires.
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO (1942): Hallazgos arqueológicos chaqueños. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Vol. III, pp. 7-27. Buenos Aires.
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO (1954): Región Meridional de América del Sur. Período Indígena. En: *Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia*, 71. Programas de Historia de América, I, 10. México.
- MEGGERS, B. y EVANS, C. (1957): Archaeological Investigations at the mouth of the Amazon. En: *Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bull.* 167. Washington.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. (1955-56): El Altoparanaense. En: *Ampurias*, Vol. XVII-XVIII, pp. 171-200. Barcelona.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. (1957): El poblamiento prehistórico de Misiones. En: *Anales de arqueología y etnología (Mendoza)*, Tomo XII, 1956. Mendoza.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. (1957): Vorgeschichte Amerikas. Munich.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. (1959-60): Estudios de prehistoria araucana. En: *Acta Praehistórica*. Volumen III-IV, pp. 49-120. Buenos Aires.
- MENGHIN, OSVALDO F. A. (1962): Observaciones sobre la arqueología guaraní de Argentina y Paraguay. En: *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*, 11 al 15 de noviembre de 1957. I, pp. 55-64. Buenos Aires.
- MIRANDA, GUIDO (1961): El paisaje chaqueño. Resistencia (Chaco).
- MIRANDA BORELLI, JOSÉ I. (1968): Arqueología del Chaco, Argentina, por José I. Miranda Borelli, Marcos Altamirano y Graciela Mazzuchelli. (En: *Revista Ateneo paraguayo*, Asunción, Suplemento antropológico Vol. 3, Nos. 1-2, octubre, pp. 15-44).
- MUÑOZ, JUAN IGNACIO (1965): Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo. Edición y notas de Daniel Vidart. En: *Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos Americanos Dr. Paul Rivet. Cuadernos Antropológicos*, Nº 3, Montevideo.
- PALAVECINO, ENRIQUE (1948, a): Areas y capas culturales en el territorio argentino. En: *GAEA*, T. VIII, pp. 447-523. Buenos Aires.
- PALAVECINO, ENRIQUE (1948, b): Noticia preliminar sobre un viaje arqueológico a Goya. En: *Notas del Museo de La Plata*. Tomo XIII. Antropología Nº 53. La Plata.
- PALAVECINO, ENRIQUE (1958): Areas de cultura folk en el territorio argentino. En: *Humanoir*. Sección E. Tomo VI. Folklore argentino, pp. 342-364.

- RIZZO, ANTONIA (1967): Primeras noticias sobre excavación estratigráfica de una gruta en 3 de Mayo (Misiones). En: AIETA, vol. XXII.
- SCHMID, ELISABETH (1965): Sedimentos y Prehistoria de Cuevas. En: Science in Archaeology. Thames y Hudson. 2ª edición.
- SCHMIDT, MAX (1932): Nuevos hallazgos prehistóricos del Paraguay. En: Rev. de la Sociedad Científica del Paraguay. Vol. 3, Nº 3, pp. 1-21. Asunción.
- SCHMIDT, MAX (1940): Hallazgos prehistóricos en Matto Grosso. En: Rev. de la Soc. Científica del Paraguay. Vol. 5, Nº 1, pp. 37-62. Asunción.
- SERRANO, ANTONIO (1930): Un nuevo tipo de instrumento de piedra del litoral argentino. En: Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo IV. Montevideo. Tirada del Museo de Paraná. Montevideo.
- SERRANO, ANTONIO (1932): Exploraciones arqueológicas en el río Uruguay medio. Paraná.
- SERRANO, ANTONIO (1936): Los tributarios del Río Uruguay. En: Junta de Historia y Numismática Americana. Historia de la Nación Argentina. Vol. I, pp. 508-548. Buenos Aires.
- SERRANO, ANTONIO (1950): Los primitivos habitantes de Entre Ríos. En: Biblioteca Entrerriana. Vol. II. Paraná.
- SERRANO, ANTONIO (1955): Los pueblos y culturas indígenas del litoral. Santa Fe.
- TAPIA, A. (1935): Pilcomayo. Contribución al conocimiento de las llanuras argentinas. Boletín Nº 40 de la Dirección de Minas y Geología del Ministerio de Agricultura de la Nación, 64. Buenos Aires.
- TORRES, LUIS M. (1911): Los primitivos habitantes del Delta del Paraná. En: Universidad de La Plata. Biblioteca Centenario. Vol. 4. Buenos Aires.
- VERA, ROBUSTIANO (1930): Arqueología guaraní, el hallazgo de urnas funerarias indígenas. En: Revista de la Soc. Científica del Paraguay. Vol. 2, Nº 6, pp. 274-280. Asunción.
- VON HAUENSCHILD, JORGE (1949): Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero. En: Revista de la Universidad Nacional de Córdoba. XXXVI, Nº 1.
- VON HAUENSCHILD, JORGE (1951): Influencias paranaenses y pampeanas. En: Revista de la Universidad Nacional de Córdoba. T. XXXVIII, Nº 1, pp. 105-158. Córdoba.
- WILLEY, GORDON (1946): The archaeology of the Greater Pampa. En: Smithsonian Institution. Bureau of American Anthropology. Bulletin 143. Handbook of South American Indians. Vol. I, pp. 25-46. Washington.